

REINALDO SPITALETTA

# El último puerto de la tía Verania



**COLECCIÓN “FICCIONES REALITARIAS” N° 2**

Reinaldo Spitaletta

**El último puerto de la tía Verania**

*Novela*

The Glocal Workshop/El Taller Glocal  
COLECCIÓN “FICCIONES REALITARIAS” N° 2

Reinaldo Spitaletta

**El último puerto de la Tía Verania**

The Glocal Workshop/El Taller Glocal, 2022

1<sup>a</sup> edición Grafoprint, Medellín, 1999

ISBN 9789589652817 y 9589652816

©Reinaldo Spitaletta/El Taller Glocal

*Imagen de carátula* : Ossaba, “Espíritu Celeste n°5”, acrílico sobre tela, 150 x 100 cm, 2008

*Imágenes interiores*: Ossaba, “Espíritu Celeste n°6” (pág. 55) y , “Espíritu Celeste n°7” (pág. 56), acrílico sobre tela, 150 x 100 cm, 2008

**The Glocal Workshop/L'Atelier Glocal/El Taller Glocal**

*Una iniciativa conjunta de...*

Ediciones workshop19, Túnez

Tlaxcala, la red internacional de traductores para la diversidad

lingüística <https://tlaxcala-int.blogspot.com/>

Promosaik -Diálogo entre culturas y religiones <https://promosaik.org/>

La Pluma, sitio web franco-colombiano no alineado

<https://lapluma.net>

*...y muchos individuos y grupos asociados*

*¿Tiene un manuscrito para proponernos?*

[drafts@glocalworkshop.com](mailto:drafts@glocalworkshop.com)

**COLECCIÓN « FICCIONES REALITARIAS »**

«No había nada a su alrededor sino un vacío deslumbrante, una reverberación fulgurante que anunciaba, pensó, ese epifenómeno al que damos el nombre de ‘realidad’».

Philip K. Dick, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, 1964  
En la vieja batalla entre la ficción y la realidad, ¿quién ganará? ¿Es esta la pregunta correcta? ¿Y si la realidad sólo fuera ficción? ¿Y si la ficción se volviera realidad? Una colección de novelas, cuentos e historias para no dormir en pie.

## **Nota del editor**

Reinaldo Spitaletta, el hombre de Bello, la penúltima estación de la línea A del metro de Medellín, al norte de la capital antioqueña, es de verdad un escritor glocal: profundamente arraigado en su tierra bellanita – patria antigua del pueblo indígena Niquíá–, su sociedad, su arte y cultura, su arquitectura, escribe sobre temas universales. Traduciendo las columnas de ese humanista del Siglo XXI, he aprendido mucho sobre la historia de la otra Colombia, la de la gente buena, luchadora y rebelde, además de enriquecer mi vocabulario con los colombianismos sabrosos que pimentan sus escritos.

Descubran la tía Verania, esa “doñanadie, una mujer sola., tomadora de una porquería de café”, personaje de ficción realitaria que, una vez más, le da razón a mi difunto padre, que solía decir: “*tutto il mundo è paese*” (que no voy a hacer el insulto a l@s lector@s de traducir) y...disfruten.

*FG, Túnez, noviembre de 2022*

*A Guillermo Spitaletta y Felipe Mora,  
que siempre esperaron*

# Índice

Uno	6
Dos	15
Tres	22
Cuatro	26
Cinco	35
Seis	40
Siete	43
Ocho	45
Nueve	48
Diez	51
Once	57
Doce	61
Trece	66
Catorce	69
Quince	71
Dieciséis	74
Diecisiete	77
Dieciocho	80
Diecinueve	82
Veinte	85
Veintiuno	88
Veintidós	93
Veintitrés	95
Veinticuatro	98
Veinticinco	100
Veintiséis	103
Veintisiete	107
Veintiocho	110
Veintinueve	113
Treinta	115

# Uno

Hoy murió la tía Verania. Bueno, digo “hoy” porque, ahora, precisamente, vengo a enterarme de su muerte, y tal vez uno se muere de verdad cuando el otro, el que está vivo, tiene la certeza de que uno se ha muerto. Es posible que ella haya muerto hace un mes, o un año, o el día aquel cuando se marchó para siempre a Venezuela. No sé. Ya había empezado a morir. Hoy, sin embargo, supe que se murió del todo. O, mejor dicho, casi del todo, porque aún no la olvidamos. Por lo menos, yo no me he olvidado de ella. No tengo ninguna foto suya, pero sí conservo imágenes. O recuerdos, que es lo mismo. He oído decir que cuando se recuerda a alguien, vivo o muerto, es como un nuevo nacimiento del recordado. Tal vez así sea. No lo sé todavía, porque apenas tengo recuerdos de otros, y no sé si a mí me vaya a recordar alguno. Bueno, no he muerto aún, o eso es lo que creo. Ah, pero sí tengo la sensación de que ella me recordaba. Seguramente, conservó buenos recuerdos de su sobrino. De todos modos, yo de ella sí los tengo. Las tías son como una suerte de vínculo con la infancia, una clase de ombligo memorable. Y, vea, pues, ahora ella está muerta y no se ha cortado ese cordón. Siento que la unión continúa, a modo de una comunicación, entrañable, extraña. Puede ser lo que llaman una comunicación de sangre. Bueno, en realidad no sé mucho de esas cosas. Sólo sé con certidumbre dolorosa que “hoy” murió mi tía. Murió sola, que puede ser una bella y deseable forma de morir, sin molestar a nadie, sin provocar llantos inmediatos, sin dramatismos. Esa soledad de los últimos años fue su elección definitiva. Supongo que después de tantas cosas sucedidas ya no quería vivir con nadie. Lo que me han contado hoy es eso, que la

muerte la sorprendió en una madrugada, que tal vez sintió un ahogo en el pecho, una desesperación por aferrarse a la vida que se le iba, que en el suelo había muchas colillas de cigarrillo, y, en el nochero, una taza, ya sin café, y luego, eso es lo que parece, se fue quedando quieta, quietecita, como con un adormecimiento insospechado. Los vecinos no oyeron ningún grito, ni peticiones de ayuda. Presumo que en esa hora inevitable ella lo quiso así, ¿para qué llamar a alguien que no oirá? ¿Para qué interrumpir el descanso de los otros?, pensaría. Ya eso no lo sabré nunca, ni es importante y saberlo no cambia mucho la situación. Tenía cierta dignidad, y no creo que se hubiera puesto a pedir auxilios, cuando ya sabía que su tiempo aquí se había cumplido, que había llegado a su estado total de vencimiento. Además, ¿qué aliciente tenía para seguir viviendo? Me parece que ninguno. Recorrido un tramo largo de la existencia, uno quizás se va quedando sin esperanzas. A los sesenta años, un poco más un poco menos, ya había caminado la vida, creo que con más amarguras que ratos de alegría. Sin embargo, conmigo trataba de lucir contenta, de tirarse un chiste, algún apunte simpático: “A buen puerto llegó”, me decía, cuando me le aparecía en su casa, buscando algún refresco o una sombra de paso. Y, en rigor, sí era un buen puerto, porque llegar a su hogar era pisar un suelo distinto, meterse en otra realidad, o, en otras palabras, salirse de la realidad. La imagen más antigua que conservo de ella me lleva a una tarde de mi infancia, en un cuarto en penumbras, las sombras de todos quietas, como a la expectativa. Estaban mamá y ella, y yo, como tercero en discordia. Mucho tiempo después de aquel suceso me puse a buscar las causas para que a un chico le dejaran presenciar un acto maravilloso, prohibido, absolutamente fuera de lo normal, y nunca pude saber el porqué. El caso es que yo estaba ahí, sintiendo la mano de mamá, el silencio protocolario y cuidadoso de ellas, el misterio de lo incomprendido. El ritual empezó como

un juego de pelados, mamá y ella, ambas entre risas temblorosas, y yo viendo, sin saber qué hacer ni qué pensar frente a dos mujeres que se preparaban para una obra de magia. Verania sacó de un armario dos vasos, los llenó de agua, prendió velas a su alrededor, tomó un huevo en sus manos y se dispuso a partirlo. “Voy, vamos a ver a mi marido, creo que está con otra mujer”, dijo, pero yo comprendí muy poco, sólo miraba las llamas, los vasos, el huevo, las sombras, sentía una expectación muy grande, como aquella cuando fui a la escuela por primera vez y llegué tarde. Verania se fue poniendo muy seria, sus ojos se entrecerraron, los labios en un movimiento de rezos y susurros incomprensibles. Las sombras danzaban contra las paredes. El miedo no hacía parte de aquello, pero sí la curiosidad. Vertió la clara del huevo en uno de los vasos y la yema en el otro, hizo un pase circular con las manos y de pronto en las aguas de cada uno apareció la figura nítida de un hombre sobre una cama tendida de blanco, el tipo pensativo. “Está solo”, dijo ella, sonriendo, mientras yo miraba con asombro los vasos convertidos en una suerte de insólito televisor.

Desde entonces, creo, aumentó mi interés por estar con más frecuencia junto a ella, por saber más de sus secretos, de sus extraños juegos, de sus brujerías y mejunjes. Me gustaban sus carcajadas estridentes, su modo de mirarlo a uno, como si uno fuera un amuleto, o un objeto sagrado, o lo que llamaban los experimentadores un conejillo de indias, su manera bruscona de hablar, que no era una mujer de modales refinados, más bien de pinta ordinariota, de esas señoras de barrio tradicional, con raíces en el campo, que se urbanizaron a punta de trabajos y sufrimientos y con el ejercicio obligado de la picardía, de esa que hay que cultivar para el rebusque, porque la vida, decía ella, siempre es un largo o

corto camino de espinas y hay que andar pasito, sin prisas, muchacho, que no la vida no te vaya a coger cansado.

Me gustaba, asimismo, su modo de contarme su historia, de meterse en los vericuetos de la memoria para sustraer pedazos de su existencia, para decirme de asuntos viejos, de cosas que le habían pasado y no había podido o querido olvidar y que la mantenían en vilo, llena de energías, de visiones, de presagios, y también de carencias, que no estudié nada, mi querido Pachito, que así siempre me llamó, por estar dedicada al trabajo y también, en mi juventud, a los novios, que bastante me han gustado los hombres, aunque tan mal paguen, pero que hace una sin ellos, si es que, viéndolo bien, yo los domino, mijo, te lo dice alguien que sabe de hombres, ja, ja. “Ve, Pachito, no te vas a dejar manejar nunca de ninguna mujer, yo sé por qué te lo digo”, me decía, con un tono de consejo, que no abandonó ni cuando yo ya era un *man* de pelo en pecho y remolino con erices en la coronilla. “Oíste, Pachito, cuando creás que una mujer te va a hacer un mal, pues ponéte los pantaloncillos al revés, y así no te entra nada”, me había dicho, y a mí eso me pareció como un juego, como una manera de ella hacer notar todo lo que sabía sobre contras y magias y brujerías. La verdad es que nunca he practicado esa parte de su indicación esotérica. Bueno, cómo es la vida, y ahora que ella ha muerto es cuando vengo a recordar tantas cosas suyas. La muerte es un motivo, dicen.

La casa primera que de ella recuerdo, quedaba en el barrio Andalucía, en un callejón sin asfalto. Las puertas, color crema, rechinaban al abrirlas y cerrarlas, de modo que entrar allá era como penetrar en un sitio donde se encuentran sorpresas, o, en todo caso, adonde no se llega impunemente. Todavía, creo, no me hablaba de puertos en sus bienvenidas, más bien me recibía con una sonrisa de agradecimiento por la visita, con jugos de zanahoria,

mijo para que tenga buena sangre, y panelitas de anís y coco. Uno sentía la humedad en el ambiente, las paredes desconchadas, los techos muy altos, con vigas descaecidas y cañabratas desnudas en algunas partes. Había un patio amplio, con bifloras en materos, y, en el solar, crecían naranjos y enredaderas amarillas. Era un gusto corretear por entre los arbustos mientras la tía, parada en la puerta, lo miraba a uno con ojos de maternidad (¿acaso las tías son una sucursal de la mamá?). “Pachito, vení te muestro una cosa, un animalito negrito”. Entonces sacaba de un escaparate bolsas de tela, tarros de galletas inglesas con paisajes estampados, y de ellos extraía cabelleras negras amarradas con cintas, fotos de juventud y de los abuelos, cartas de antiguos novios, papeles con recetas mágicas, una suerte de san Alejo en miniatura, y empezaba a hacer la historia de cada objeto, a tejer una memoria, mirá que yo tuve unas trenzas bellas, y ve esto era de mi mamá, y aquí estoy yo con tu mamá, que ambas fuimos hermosas, ja, ja, ella más bonita que yo, y así me iba embelesando con sus palabras simples, hasta cuando yo veía un taleguito rojo, hermético, y le preguntaba por su contenido. “No te puedo mostrar nada de ahí. Es un secreto”, y yo quedaba con las ganas de algún día poder abrirlo para descubrir el misterio que ella acrecentaba con su cara de alguien que es capaz de realizar prodigios.

En aquel tiempo, Verania aún no vivía con Héctor, ni tampoco con Arturo, que, creo, fue el primer marido suyo que conocí, o por lo menos del que más viejos recuerdos tengo. Vivía sola, en el caserón de tejas y tapias, en el que, ella, a veces, sentía miedo. En las noches creía escuchar voces que salían de las paredes, y ruidos en el solar, que ella no podía identificar. Los gatos andaban por los techos y en ocasiones producían un escándalo tremendo, tal vez buscando hembra, tal vez delimitando territorios, lo que fuera, ella cuando

los oía se ponía nerviosa, se levantaba a hacer bebidas de cidrón y a hojear un libro de “plantas mágicas”. Lo que más la tenía intrigada en esa residencia, era una fosforescencia que ella veía de vez en cuando en la pared de la cocina. “Aquí mataron a alguien”, se decía con recelo y luego nos contaba de sus noches de espanto, y se reía a carcajadas como una loca y entonces uno sentía el susto que ella pudo vivir en sus desvelos, mijito que una sola, solita y sola, siempre sufre mucho, porque no hay con quién hablar por las noches y con tantas apariciones y fantasmas que hay en el mundo, Pachito. “Cuando querás te venís por la noche a acompañarme”.

Incialmente, no me pareció una invitación muy halagadora, no tanto por mi tía, sino por la casa. No me hubiera gustado ver las luminosidades raras de las paredes ni toparme con algún fantasma extraviado. “Vendré a amanecer si me mostrás a Rebeca, en los vasos mágicos”. Se quedó mirándome con unos ojos de interrogación, una sonrisa maliciosa y comprendió que yo quería ver a alguna vecina. Y, en efecto, aquella noche, en su cuarto, preparó el ritual que yo ya conocía (qué alcahuetería con vos, dijo), y pude ver a Rebeca jugando al lazo en la calle, con varias de sus amigas. “No me pidás ver a más nadie, que estas cosas no son para muchachos”.

Fueron numerosas las noches que la visité en el caserón de Andalucía. En todo caso, nunca pude ver las fosforescencias, pero sí creí escuchar ruidos en el solar y, sobre todo, correndillas extrañas en los techos. “Sé que aquí en esta casa pasó algo”, me dijo una vez y entonces comenzó a moverse de modo extraño, recostándose a las paredes, tratando de escuchar más allá, alguna señal en las tapias, dando golpes, palpando. “Siento que alguien nos vigila”. Y continuaba, como enloquecida, examinando cada cuarto, mirando las cañabравas de arriba, agachándose a inspeccionar el

suelo de ladrillo. “Huele a humedad”, decía y dejaba el asunto ahí, para retomarlo en otra ocasión. Soltaba, eso sí, una risotada estremecedora. “Tranquilo, Pachito, que ya encontraremos el entierro”.

Yo dormía a sus pies, para que el frío y el miedo fueran menores, y para sentir su calor, una energía que me irrigaba con un agradable cosquilleo y me proporcionaba sueños tranquilos. En la oscuridad, ella me relataba alguna historieta, o recordaba aspectos de su padre, un arriero de Rionegro, y los días que a ella le parecían muy lejanos de su infancia, entre guayabos rojos y maizales. “No era una buena vida, pero éramos niños”, decía. Muy rápido, cambiaba de tema y de sus días felices pasaba a contar su camino a la escuela, atravesando quebradas y recibiendo soles arduos, sus recogidas de leña, las faenas en la huerta, las escapadas con algún acechante novio de ocasión, las noches de espantos que venían desde tiempos muy viejos. Verania tenía fácil la palabra, aunque no abundaba en ella. “Apenas estudié hasta quinto de primaria. No alcanzó para más”. La vida hizo el resto, como dicen.

Una noche se despertó sobresaltada, corrió a abrir el solar y dando gritos, dijo: “¡Debajo de ese naranjo está! ¡Ahí está!” Yo no sabía qué hacer ni qué decir, sentía un escalofrío que me erizaba el cabello de por sí ríspido, y de pronto me atacaron unas ganas de orinar, incontenibles. Precisamente, lo hice muy cerca del árbol que ella seguía señalando con ahínco. “Mañana buscaremos aquí”, mientras yo, temblando quizá por el frío y también por lo intempestivo de la situación, la empujaba adentro. Al día siguiente, muy temprano, comenzamos la excavación. Ya habíamos abierto un buen boquete, cuando aparecieron los primeros huesos. Continuamos y otra osamenta se fue asomando. La cara de Verania, sudorosa, parecía la de alguien que ha encontrado lo que

no estaba buscando. Había una especie de amarga decepción en sus ojos. Arañó la tierra, siguió removiendo, hasta cuando ya estaba segura de que eran unos restos humanos, aunque, siendo precisos, ni ella ni yo sabíamos cómo eran unos huesos de hombre. “No hay ningún tesoro”, advirtió con tristeza. Fue por una caja de cartón y los metió en ella. “Tenemos que ir al cementerio de Nazaret, a dejar esto. Pachito, vos sos muy valiente, y me acompañarás allá. Pero, eso sí, no le vas a contar a nadie, ni siquiera a tu mamá, ¿entendés?”.

El cementerio estaba abandonado. Desde hacía más de un año no enterraban a nadie allí. Agotadas las bóvedas, acabadas las tumbas de tierra, ocupadas las fosas comunes, todo aquello había pasado a ser un lugar de juego para los muchachos del barrio adyacente. Algunos, según supe, tomaban cráneos lavados y los arrojaban como pelotas, o se metían entre las bóvedas a jugar al muerto, o aprovechaban esos espacios tan amplios, sembrados de pinos y cipreses, para correrse a la guerra libertada o al coclí-coclí al que lo vi, lo vi. Otros, los más grandes, se hacían acompañar por sus chicas, para tener los primeros calentamientos del amor y fumar cigarrillos en la oscuridad. Todo eso era voz popular.

Verania, con su hallazgo macabro, caminó conmigo hacia Nazareth. “Mirá, Pachito, esto sí que está como bien pesado. Ayudáme, a ver. Y ojalá nadie nos vea”. Entre los dos alzamos el bulto, llegamos a una vieja fosa común y lo arrojamos. Se sintió un traquear de osamentas, como un leve quejido, tal vez una nueva despedida. Verania entrecerró los ojos y movió los labios. Rezaba. O quién sabe qué clase de conjuro pronunciaba. “Es para que, ahora sí, descanse en paz”, dijo.

Al volver a casa, Verania sonrió, con el gesto de aquél que siente alivio al quitarse un peso de encima o quien puede respirar después

de un sofoco. La recorrió, aguzó el oído, tocó con cuidado las paredes, caminó hasta el solar y vio la tierra removida. Tomó unas ramas de ruda y las arrojó sobre el promontorio. Después, preparó una infusión de albahaca, artemisa, rosa amarilla y otras plantas que no sé qué eran, tal vez romero, tal vez eucalipto, para regar la casa. El olor a humedad y tierra vieja, fue reemplazado por el delicioso aroma vegetal. “Es para que no vuelvan los fantasmas”, dijo. “Y para la buena suerte”, agregó.

Esa noche dormí otra vez a sus pies, sentí un cosquilleo general, una especie de felicidad en todo el cuerpo. Me sentía protegido por ella, por su energía, no vendrán los espantos, no saldrán los duendes, porque aquí está la tía con sus poderes, me decía para mí mismo quizá dándome valor. Creo que esa vez soñé que jugaba con varios amigos de cuadra en el cementerio de Nazaret. Chucho Primero tenía el cabello muy largo y el viento se lo elevaba como una cometa. Yo lo perseguía por entre altas hierbas, él volaba por encima de ellas y yo tenía que abrirme paso con las manos. En un despejado, lo vi elevarse y elevarse sobre las bóvedas. Después llegó El Gordo Humberto, y los dos nos quedamos embelesados viendo desaparecer en el cielo a Chucho Primero y su cabellera de barrilete. El Gordo me dijo que nos montáramos a un pino y nos arrojáramos de él. Lo hicimos y ambos salimos al vuelo, pero ya Chucho Primero no estaba. Alrededor del cementerio dimos varios sobrevuelos, hasta que, de pronto, empezamos a caer y a caer.

“Qué son esos brincos”, dijo Verania, entredormida. “Apuesto a que estabas volando, ja, ja”. Tenía la facultad de la adivinación. “Sí, tía. Volaba”, y entonces me di vuelta hacia la pared y seguí durmiendo, sin más sueños ni inquietudes.

## Dos

Manchester era entonces un barrio de casas enormes, con estación de ferrocarril, plaza de mercado, fábrica de textiles, escuela de niñas y muchas mangas. Verania iba a visitarnos a esa casa con paredes de madera y de ladrillo, en las que algunas noches se escuchaban raros ruidos en la cocina. Mamá decía que, en ocasiones, oía caer monedas por la chimenea y sonidos metálicos debajo de los poyos y las pocetas. En realidad, nunca escuché tales ruidos, pero mi tía argumentaba que era posible que allí hubiera un “entierro”, una “guaca”. Esa especulación las entusiasmó y entonces Verania amanecía con más frecuencia con nosotros. “De pronto tenemos suerte y nos encontramos el entierro. Tenemos que esperar la aparición para que nos señale dónde está”. Sus palabras me gustaban, no tanto por lo que significaban en sí mismas, sino por la manera cómo ella las pronunciaba, con un tono de misterio, de sacerdotisa tropical, que me hacía imaginar más allá de las paredes y los techos. Creía que, con las dotes de mi tía, podrían llegar cosas maravillosas en las noches de aquel caserón, aparecerse alguna bruja, caer del cielorraso un hada de cuento con una vara de luces o ver desprenderse desde las vigas una cascada de monedas doradas. Bueno, nada de aquello recuerdo haber visto o sentido, pero una noche de fiebre, cuando Verania y mamá fueron a la farmacia a comprar un jarabe y sobrecitos de Mejoral, mientras en mi pieza en tinieblas yo sudaba, encharcaba la cama, sentía que me elevaba sobre las cobijas, me revolvía, entonces en esos momentos empecé a oír unos lejanos pasos, un rumor indefinible. Era como un avanzar de algo que nunca pude saber qué era, sin embargo, se sentía como si alguien que no era de carne ni de hueso, se

desplazara desde la cocina, siguiera por el corredor y se dirigiera precisamente a mi cuarto. Yo oía cómo se acercaba, con calculada parsimonia, como si no tuviera ninguna prisa de llegar hasta mí. Más bien era como si lo importante para esa presencia fuera el hacerse notar, sin alterar su ritmo. Lo impactante parecía ser aquel rumor incierto, un ir creciendo, como si cada vez que avanzara su volumen fuera mayor. En todo caso, mi sensación no era de miedo, sino de expectativa. Esperaba, en medio de la fiebre, de sentir los chorros bajando por la frente, eso sí, con los ojos cerrados, porque Verania ya me lo había advertido: “Lo mejor para espantar un espectro, es cerrar los ojos”. La cosa continuaba viniendo, con una lentitud que de pronto comenzó a incomodarme. No sé por qué quería que llegara pronto. Y, claro, en ello, quizá, consistía su fortaleza. En hacerse esperar, en provocar en quien la oyera o presintiera un estado de ansiedad, de desesperado ahogo, de suspenso inaguantable. El calor era cada vez mayor, me estaba cocinando en mi propio sudor, así lo sentía. Ya estaba más cerca, tal vez a unos cuantos metros, ya iba a trasponer la puerta de mi pieza, y fue ahí cuando me entraron unas ganas de abrir los ojos, de observar de qué se trataba, pero las palabras de la tía eran más fuertes, como un conjuro, una barrera contra los malos espíritus, no sabía exactamente qué era aquello, pero no los abrí, y la cosa seguía aproximándose, llenándolo todo, y volviendo el mundo más sombrío. Fui poco a poco dándome cuenta de que en la habitación se sentía un vaho, o un vapor, una vaharada de algo que más me calentaba, más me iba produciendo sudores y sed, la lengua seca, y, por lo demás, un nudo en la garganta que no me permitía gritar, decir nada de nada. La cosa estaba muy cerquita, porque ya el sofoco era impresionante por lo caliente, como si estuviera rodeando la cama, abrazándome, sumergiéndome en impenetrables sombras...

Cuando abrí los ojos, Verania y mamá estaban allí, mirá que Pachito tiene cara de haber visto al diablo, decía la tía, mientras mamá me ofrecía una cucharada de un líquido verde, huy, cómo está de colorado, como tiene de fiebre el Pacho, y ni siquiera habla, pobrecito. El sabor era asqueroso. Tragátelos, pues, que eso te aliviará. No sé si hablaba la una o la otra, o las dos al tiempo. No sé si después la cosa siguió allí, porque me quedé dormido.

Al día siguiente, Verania me llevó una bebida de cáscaras de mandarino y fue cuando aproveché para contarle lo de aquella presencia, no, Pachito, con esa fiebre tuya estabas delirando, que cuando llegamos decías de una cosa, que alguien te miraba, que no sabías qué era, no, mijo, a los chicos no los espantan porque todavía tienen a su lado el ángel custodio, en cambio, a nosotros los adultos ya envejecidos, nos pasa de todo. Tomá esa bebida y ya estarás aliviado. Era como otra mamá, en esos días en que para uno el mundo se reducía a escuela, juego, idas a cine matinal los domingos o a pasar algunas noches en casa de la tía.

Con Verania y mamá fuimos muchas veces a la estación, a mirar el tren, esas locomotoras locas, de humo largo y ruido ancho, que nos llenaba la infancia de música con los sonidos de un pito melancólico, que mirá que los trenes parecen llorar, decía Verania, uuuu, uuuu, son trenes tristes. A veces nos quedábamos horas y horas, debajo de los techos descomunales de la estación. El olor a brea, a carbón y a cañadulzales lo tengo asociado a esas jornadas, en las que esperábamos trenes de carga, trenes de pasajeros, el autoferro. Era un espectáculo ver a aquellos hombres sobre los vagones, en una suerte de equilibrio inestable, que fascinaba, o las cabezas de los viajeros asomadas por las ventanas, o escuchar la campana, el sonido de la caldera, el olor del humo. La estación era un conjunto de emociones, en las que Verania siempre estuvo ahí,

para hablarnos a mí y algunos vecinos acompañantes de sus viajes a Cisneros, de las idas a Puerto Berrio, de los paseos de domingos de antes a los charcos de Barbosa. La veo, sentada sobre una banca larga, como de iglesia, mientras correteo por los pasillos de la estación, y mientras me escabulló hacia un puente de hierro, camino sobre los durmientes, miro hacia abajo una corriente de agua, y ella empieza a gritar, Pachito, Pachito, cuidado te caés, corré para acá que allá viene el tren, y el tren aproximándose y yo ahí, parado, obnubilado por esa presencia incommensurable, por el humo negro, por el pito atronador, y ella viniendo hacia mí en desesperado carrerón, agarrándome de la camisa, tirándonos los dos a un lado, salvándonos de ser arrollados, también de no caer al fondo, Pachito, culicagado, que no te vuelvo a traer por aquí, pedazo de pendejo.

Pero seguimos yendo. Porque en la estación era posible la entrada a otros paisajes. Verania se sentaba a verme correr por los pasillos. A veces, me quedaba viendo el enorme reloj de pared, o a los oficinistas de cachucha que hacían y recibían llamadas en teléfonos negros, o al hombre que movía, sobre los rieles, una palanca, para que éstos se desplazaran y, así, pasara el tren por otra vía. Era una fascinación ver cómo realizaban los cambios, qué bueno uno poder hacerlo, tirar un tren hacia mi casa, llevarlo al patio, tener el pito de la locomotora para despertar al barrio, pensamientos así tenía uno en esos días, cuando Verania era muy joven, y atractiva, digo porque la miraban mucho, los transeúntes observaban sus piernas, trigueñas, sin medias, de una piel tostada, los hombres pasaban y se relamían, pero uno no sabía a qué se debían tales morisquetas, qué señores tan tontos o tan raros, se decía uno, y la tía sonriendo, sabiéndose centro de atenciones, disimulando a veces con mi

nombre, Pachito, vámonos ya, que tenés que ir a estudiar, al tiempo que miraba de reojo los alrededores.

Por aquel tiempo, precisamente, había comenzado la primaria. Ya sabía leer, porque mamá me había enseñado, en la cartilla Charry, de letras de colores y figuras que parecían saltar de las hojas hacia uno: el enano nada despacio, la vaca da leche, mi mamá me mima, yo mimo a mi mamá, la zorra mira las uvas, erre con erre cigarrillo, rápido ruedan los carros, que todo aquello era como una fiesta de palabras y sonidos, y, claro, cuando no los leía bien, entonces mamá me daba de golpes por la cabeza, que no sé cómo fue que no me atontó del todo a punta de cocotazos, la pobre seguía seguro aquella criminal pedagogía de la “letra con sangre entra”.

Al primer día de clases, llegué tarde, porque no dormí bien, pensando en esa fecha cumbre, de cómo sería el salón, cuáles serían mis compañeros, si desde allá se escucharía el pito del tren, y pensando en todas esas cosas y en otras, me quedé mirando la sombra del techo, o volteando sobre la cama, y así, y además no había reloj despertador, y mamá no me llamó a tiempo, que cuando menos pensamos ya eran más de las ocho de la mañana, y después uno corriendo por Manchester, a toda marcha, y las señoritas viéndome por las ventanas, pobre niño, parecían decir, qué sabe uno, y corra y corra, y la escuela cada vez más lejana, y el aire faltándome, la valija atiborrada, muy pesada, como cargando piedras o cargando un muerto, y al llegar en estado de agitación, la puerta de la escuela cerrada, y toque y toque, asfixiado, y luego corra hasta el salón, y todos en clase, muy atentos, y el chico que llega a interrumpir, la maestra cariñosa, seguite, muchacho, que por ahí hay puesto, todas los ojos sobre uno, sobre el chico tembloroso, con el sudor en la cara, y de pronto todos riéndose, ve, el primer día y llega tarde, ah, que dormilón, huy, tiene cara de

perezoso, ah, no, cara de bobo, y cállense todos que eso no es pecado, ven niño te llevo hasta tu pupitre...

Cuando Verania me preguntó, ve, Pachito, cómo te fue en la escuela, y al contarle de mi llegada tarde, y de las burlas ganadas, me dijo: pues no les parés bolas a esos mequetrefes, nada de raro tiene llegar tarde, querido, que lo importante es que seás buen estudiante. Me sobó el pelo, me acarició la espalda y me regaló unas monedas, para que comprés mañana gaseosa y galletas. Después, me pidió que le mostrara los cuadernos, oh, qué linda casita dibujaste, qué bonita plana de escritura, qué sobrino tan inteligente tengo.

Ah, sí, que la tía tenía su cuento y su animosidad.

Me parece que fue por ese mismo tiempo de trenes y primera escuela cuando, a Manchester, llegaron los gitanos. Verania y mamá me llevaron a mirar el campamento, construido muy cerca de la manga del Taller del Ferrocarril. Las carpas anaranjadas y verdes le daban al lugar un colorido de fiesta, no sé por qué pensé en una feria de atracciones. Todo había sido levantado en un día. ¡Llegaron los gitanos!, fue el grito del barrio, que todos salieron a curiosear, claro, porque era más atractivo que un circo, más llamativo que un tren, más emocionante que la Ciudad de Hierro. ¡Llegaron los gitanos! Los veíamos, con sus pieles morenas, sus ojos brillantes, sus vestiduras raras. Los niños gitanos correteaban por la manga, les daban vueltas a las tiendas, al tiempo que los adultos terminaban de ordenar el interior de sus viviendas. Las mujeres, con sus faldas largas y sus blusas escotadas, miraban a los curiosos. Ya muy pronto las veríamos por las calles, buscando las manos de las señoras y señores, cuidado, Pachito, que las gitanas te pueden robar, no te les acerqués mucho ni hablés con ellas, me

dijo Verania. De adivinar suerte no saben nada, agregó. Además, son ladronas.

Volví otras veces al campamento, porque me seducía el colorido feroz de las tiendas. Ninguno de los gitanitos salía a jugar con nosotros, cada uno en su mundo. En cambio, las mujeres sí deambulaban por el barrio. Se les veía en las puertas, concentradas en las líneas de vida y muerte de las manos de las señoras. Los gitanos grandes, se quedaban en sus tiendas, como si temieran al mundo de afuera. Algunos tocaban guitarra y cantaban canciones que no sé qué decían. Antes de salir a vacaciones de la escuela, desaparecieron. Un día el barrio amaneció sin los gitanos, y solamente hubo una voz por todas partes. ¡Se fueron los gitanos! La manga volvió a servir para los juegos de fútbol, para que el Negro Tabares, que era un portero fenomenal, negro y sonriente, volviera a volar de piedra a piedra, o atrapara balones con una mano.

—Siquiera se largaron. Ahora, la gitana seré yo, —me dijo Verania, esta vez sin acompañarse de ninguna risa.

## Tres

Se había mudado a El Cairo, un barrio de contadas calles, muy cerca de una quebrada. Desde su nueva casa, de paredes azules, se escuchaba el rumor del agua. En dos piezas y una sala, con una pequeña cocina y los servicios sanitarios, Verania comenzó una vida distinta, creo. Cuando uno llegaba a visitarla, ya no estaba sola. Siempre había una señora, una vecina, una chica, gentes de caras amargas, que querían les adivinara la suerte, les dijera cosas de sus maridos y novios y cuñados y amigos, les guiara por la senda de la fortuna, o no sé qué. Me parece que fue allí cuando comenzó a decirme aquellas palabras tan especiales que, a veces, me hacían sentir como un marinero: “a buen puerto llegó”. En efecto, cuando las pronunció, la visitante, o mejor dicho la consultante, sonrió, me miró con unos ojos de curiosidad y mis mejillas se calentaron.

A su casa, también entraba Arturo, que, en ocasiones, se quedaba a amanecer. Era un hombre rubio y alto, que me miraba con inexplicables ojos de recelo, y al cual, al principio, yo no saludaba, más por timidez que por alguna manifestación de grosería. Creo que no le gustaba que yo visitara a mi tía, ni que lo sorprendiera a él abrazándola por detrás, pasándole los brazos por el cuello, apretujándola, mientras ella suspiraba, y luego al verme, Pachito, Pachito, vos cómo me querés, Pachito, Pachito, estás celoso o qué, ja, ja.

Al principio, no la visitaba con tanta frecuencia, porque el hombre aquel no me simpatizaba. Sin embargo, una tarde lo saludé y él sonrió, vaya, muchacho, que tu tía me ha hablado tanto de vos, que sos dizque buen estudiante, en fin, y entonces seguí yendo, no sólo porque ya tenía más confianza, sino porque me gustaba ver cómo

la tía recibía a las señoras, se metía a un cuarto en penumbras, y empezaba a cuchichear sobre suertes, futuros, pasados, presentes, fortunas, pobrezas. Leía la ceniza del cigarrillo, en un ritual que me parecía muy raro y llamativo, porque era capaz de sostener el Pielroja casi hasta que la brasa tocaba sus dedos, la ceniza se mantenía erguida y ella iba interpretando, decía a quién veía, hacía descripciones detalladas, que pronto vendrá un hombre a su vida, un mono, muy elegante y buen tipo, que usted se ganará una lotería, juegue el nueve esta semana, que hay una mujer que le tiene envidia, es una morena, gorda, vive muy cerca de su casa, que habrá una desgracia muy pronto en su familia, y así, en combinaciones que de pronto uno veía que se iban repitiendo, porque tal vez todos los destinos son muy parecidos, o porque esa era la manera más eficaz para descifrar el porvenir y los enigmas de los que allí llegaban.

Una tarde, que yo casi siempre en un tiempo iba por la tarde, Arturo me regaló una moneda, mirá para que comprés cosas en la escuela, y vete ya muchachón, que tengo que hablar con tu tía. No sé qué era aquello que sentí, una quemazón interior, pero me demoré bastante para visitarla otra vez. Cuando regresé, ya no estaba él, sino otro, Héctor. No pregunté jamás por la suerte del anterior, porque el nuevo era un tipo muy sonriente, que, además, le gustaba jugar con uno, ve, vamos a jugar a los pistoleros, y salía persiguiéndome, con un palito en la mano, ¡bang, bang!, y yo correteaba por las piezas, incluso por la del consultorio, vean, no jueguen por aquí, que estoy concentrada, decía ella, váyanse a la calle, par de maleducados, y Héctor salía detrás de mí, por las calles de El Cairo, subíamos, bajábamos, y después nos quedábamos en una tienda, tomando gaseosa. Con él ella parecía ser muy feliz,

hasta cuando, por sus artes mágicas, la pobre tía descubrió que la engañaba con otras mujeres.

Por esos días, Verania cambió de semblante, era más pálida, más flaca, y no recibía a tantos clientes como antes. A mamá le dijo que ese hombre me tiene como embrujada, no quiero que se vaya, no quiero que me deje, porque lo estoy amando, no sé qué hacer, recomendáme vos algo, y mamá le decía echálo que te está explotando, no, no, voy a esperar a ver si cambia, creo que voy a darle bebidas de quereme mucho, ah y vos por qué te metés a oír las conversaciones de los mayores, Pachito, te estás volviendo muy soperio, eso es lo que aprendés en la escuela, y yo salía como perro regañado, pero sin perder la oportunidad de oírlas conversar.

Tomaba mucho café y fumaba. Tenía los dedos amarillos y las palabras le olían a nicotina. Botaba el cigarrillo cuando ya sólo era una colilla de nada, que huele a carne asada, le decía uno. A veces las oía leer, en la clandestinidad, las cartas de la revista Luz, ambas se reían de las intimidades allí reveladas por los corresponsales y parecían gozar mucho con las historias contadas. Las escondían, pero yo, en cualquier momento, las sustraía para sumergirme en lo que ellas narraban, en los problemas de las parejas, en otros asuntos que me iban calentando la cara y me ocasionaban palpitaciones y aceleres. Cuando un día me sorprendieron, leyéndolas, ambas se miraron con picardía y al verme tan asustado estallaron en risas nerviosas como mezcla de censura y aprobación, y vea, pues, que a este muchacho por lo menos sí le gusta leer, dijo Verania y soltó una carcajada.

También por ese tiempo fue cuando ya me permitían participar en sus reuniones de misterio, asistir a las lecturas que hacían de los libros de plantas mágicas, de las fórmulas de Paracelso, de los filtros de amor y de todas esas sesiones en las que hablaban de

Héctor, y de un tal Juan, de los horóscopos, el zodíaco, los discos de colores y de las matas que curan y de las matas que matan. Una y otra iban llenando cuadernos con fórmulas y recetas, escribían, mamá con caligrafía de colegio de monjas y Verania con garabatos, sobre infusiones, de qué hay que hacer contra la caída del cabello, de cómo conservar una piel sana, del agua de arroz, de tantas cosas juntas, que para mí todo aquello era como otro mundo que me alejaba del cochlí cochlí al que lo vi, lo vi, y los juegos de la calle, porque era como asistir a otra clase de cine, a otro escenario de fábula, en el que yo era como un invitado exclusivo, al que ya no le ponían límites ni condiciones.

Cuando Verania y mamá se reunían era una fascinación oírlas, verlas, estar junto a ellas, que mirá que encontré una nueva fórmula para aliviar los dolores de cabeza, y yo leí unas recomendaciones sobre el limón, dicen que es la panacea universal o sea un curatodo, y en un libro editado en la Argentina vi una lista de plantas que sirven para alejar los malos espíritus, y la voz de una y de la otra, de la otra y de la una, se confundían y para mí era todo eso como estar en medio de dos brujas, de dos magas, no sé, todo aquello me parecía más halagador que un circo, que una ida a matinal, que una ciudad de hierro, no había ni comparación. A lo último Pachito heredará todas nuestras mañas y a lo mejor pueda hasta vivir de lo que nos oye decir, y yo me hacía el tonto, el que nada entendía, y, viéndolo bien, esas reuniones estaban por encima del entendimiento, tenían el mismo misterio del pito del tren, la misma atracción de cuando en la sala de cine apagaban las luces y continuaba sonando La Danza de las Libélulas y comenzaba la gritería, los golpes contra las sillas, el pataleo emocionante regado por el teatro en penumbra.

Verania fue muchas veces como un cine de domingo por la mañana.

## Cuatro

Nunca supe por qué el día menos pensado ya su otro marido no estaba con ella, pero, aun siendo aquél como era un buen tipo conmigo, me alegré de que ya no estuviera más. Verania se quedó mucho tiempo sola, quiero decir, otra vez soltera, y solamente con mis visitas y las de mamá, y con las muchas de las señoras de El Cairo y de otros barrios, que llegaban, martes y viernes, a que ella les leyera la ceniza del cigarrillo, los asientos del chocolate, las cartas de la baraja o les aconsejara cómo vivir con sus maridos, cómo conseguir novio, y todas esas urgencias que obligan a la gente a acudir en busca de ayudas para vivir mejor o para acabarse de amargar la existencia, Pachito que vos sabés, pues tanto te lo he dicho, que los amores duelen, pero una ni nadie puede vivir sin ellos.

De esos días recuerdo que tenía en las paredes de los cuartos imágenes de santos, la mano milagrosa, el divino rostro, san cayetano que según decía ella le servía para que la comida no faltara, y a santa ana, para que algún día le diera una casa propia, a san judas que no sé cuál era su gracia, y así, figuras de soldados romanos, efigies de monjes antiguos, san benito, san expedito, el niño jesus de praga, santa helena para evitar catástrofes durante las tormentas, mijo, que también hay que prender el ramo bendito para aplacar las tempestades e invocar a santa bárbara bendita. Los conseguía con sus clientes, a los cuales, cuando no tenían con qué pagar sus servicios, les pedía un cuadro. A mí me impresionaba mucho una imagen de un hombre acostado, rodeado de demonios, con la cara adolorida, los brazos suplicantes, una mirada de perdición y de derrota: representaba la última hora del pecador. En

todo caso, esa variada iconografía le ayudaba a Verania para aclimatar a todo el mundo, para darle a su vivienda una atmósfera de magia y religiosidad, aunque ella poco creía en santos, porque, Pachito, Dios es el único que nos sirve, y cuando Él no ayuda, pues entonces hay que acudir a los diablos, y se reía con su risa temblorosa y contagiosa a la que uno le iba haciendo coro.

A Verania, a diferencia de mamá, nunca la oí cantar. Mamá lo hacía casi todas las mañanas, para animarle a uno el desayuno, muy precario a veces: un café con galletas de soda, o una taza de chocolate negro con un pan. Cantaba barcarolas, esas canciones de naufragos, canciones lúgubres, “todo es bogar como bogan los naufragos tristes en medio del mar”, y otras parecidas. Gustaba de imitar la voz de Margarita Cueto, toda delgadita, ni quién cuando me voy se ponga triste, ni quién me abra los brazos cuando llego; en cambio, a la tía no se le oía ni siquiera un tarareo. Esa actitud insólita no la notaba en aquellos días, fue mucho tiempo después cuando me di cuenta de que ella era sorda para la música.

Mas no para escuchar voces donde ningún otro las podía oír. Tenía un sentido especial. Esos muchachos quieren atracarnos, dijo una vez, mientras caminábamos por las calles del barrio, viéndolos a unos cincuenta metros. Les acabo de descubrir sus intenciones, Pachito, así que *abrite* para aquel lado, y yo me voy por el otro, porque a mí esos hijos de la peor madre no me van a quitar nada, y en efecto, salimos por rutas diferentes, en carrera, y nos encontramos en otra cuadra, agitados, ella gritando para que salieran los vecinos, y como era tan querida por todos, pues no sólo todos se asomaron, sino que se armaron de palos y machetes, algunos fueron a buscar a los muchachos, sin saber quiénes eran ni cómo iban vestidos, sólo porque a doña Verania ninguno le va a faltar, aquí se respeta, decían.

Cuando llegamos a su casa, buscó un libro, amarillento, de fórmulas diabólicas contra los asaltantes, leyó en voz alta los conjuros y dijo que esos desgraciados no se escaparían de su poder, mirá que los voy a hacer vomitar lagartijas, desgraciados. Nunca supe sí su oración produjo los efectos nombrados por ella, pero lo hacía con tanta convicción que uno daba por descontado que todo se cumpliría al pie de la letra, mijo, acordáte que siempre te chocarás con gente mala y tenés que aprender a defenderte.

Fue entonces cuando comenzó a revelarme secretos sobre amuletos, que llevara siempre un agnus dei, bendecido por siete curas, en el bolsillo, o en alguna parte de la ropa, y nunca lo dejés por ahí tirado, porque pierde su poder. También te sirve como protección un escapulario de la virgen del Carmen, con medallita de san Benito, pero yo poco entendía de esas cosas, y más bien todo me parecía un cuento fascinante, como si ella me estuviera refiriendo historias, o como si yo las imaginara, que, al fin de cuentas, era lo mismo, porque en casa de la tía uno se iba sintiendo como dentro de una película, era como estar frente a las carteleras del cine, llenas de fotos y nombres raros, como decir, a modo de palabra mágica, Audie Murphi, John Wayne, Kirk Douglas, Víctor Mature, como recordar escenas de Espartaco, esa cinta a la que casi no podemos entrar en un matinal en el Teatro Bello porque la fila daba varias vueltas a la manzana y el tumulto era aterrador, pero la cual pude ver gracias a que me deslicé por debajo de las piernas de la muchedumbre y todos me iban abriendo espacio, porque les hacía cosquillas, o porque sencillamente me veían tan pequeño que hasta lástima les daba, déjenlo no más que siga, ese pelado está loco, y alguno me mandaba una patada sin acertarme, o sin que me doliera nada.

Ir a casa de Verania me parecía entonces más atractivo que estar en las calles del barrio, o sea, de mi barrio de turno, jugando a la guerra libertada o pateando pelotas de plástico de carey que llamábamos, porque ella me hacía sentir en un mundo muy raro, que eso de uno poder estar oyendo cómo le decía a alguna dama, pues sí mi señora, su marido la engaña con una mona, y lo mejor es que empiece a darle en el desayuno las ramitas que ahora le voy a decir para que las anote, o de ver cómo se iba acabando en sus dedos un cigarrillo y la ceniza erecta, vea que recibirá una carta, según esta parte de la ceniza usted va a tener un muerto en la familia, un dolor muy grande, ay, o cómo anunciaba buenas nuevas, que se ganará una cantarilla, compre lotería que termine en nueve, y la cara del cliente iluminándose, entrisciéndose o alegrándose, que poder estar ahí era mejor que ir a la escuela, e, incluso, más sabroso que escuchar las melodías matinales de mamá.

Cuando el asunto era muy delicado, Verania no me dejaba estar cerca, y cerraba la puerta de la pieza-consultorio, Pachito, andá leé Selecciones o ponéte a oír algún programa. Tenía un radio Philips, en la cocina, en el que, de vez en cuando, ella oía capítulos de radionovelas, porque así, Pachito, uno aprende a hablar, mirá que en esas obras siempre se dicen cosas bonitas. Sobre un nochero reposaban las revistas que inalterablemente traían unos chistes desabridos, La risa remedio infalible, así se llamaba la sección, y uno leía y leía, pero la risa no brotaba, más bien, era como sumergirse en un pantano con mosquitos. En cambio, las “frases célebres” me gustaban más, porque sonaban bien o porque, de pronto, tenían la entonación de la tía. En Selecciones uno iba sabiendo de la China Roja, que la pintaban ahí como una tierra de tipos indeseables, de la vida de alguna actriz de cine, como la mona Marilyn que qué mujer tan linda, decía Verania, si una pudiera

poner los labios en “o” como ella, y de dramas de gente común, que uno no sabía que era tan común, sino que lo impresionaban porque se salvaban de accidentes aterradores, o porque sobrevivían a una avalancha de nieves, o porque pasaban jornadas inacabables alrededor de fieras y monstruos, y así me fueron interesando más los relatos de la revista, que los cuentos que ella le echaba a la clientela, por lo que ya iba más donde ella no tanto para ver los pases mágicos que hacía sobre los naipes como para buscar una revista que no hubiera leído.

No sé cuánto tiempo vivió Verania en El Cairo, pero allí ya no tuvo más novios, ah, bueno, o por lo menos yo no supe de él o de ellos, que como tantas veces lo decía, no podía vivir sin amores. Pero seguía reuniéndose con mamá, hablaban muy bajo en la pieza, en un secreto mortificante, de las historias de la revista Luz, que, según deduje después, las excitaba, sobre todo cuando leían las cartas de los lectores agobiados por alguna insaciabilidad, un deseo que se quedó a medias, unas ganas insatisfechas. Ya para ese momento también había leído lo que ellas rumoraban con cuidado, que este Pachito es muy malicioso, caray, si parece va a ser un diablo.

Mamá solía llevarle pequeños mercados: papas y panela, arroz y fríjol, y cuando ella no podía ir, los mandaba conmigo. Verania me recibía con una sonrisa larga, echaba elogios a su hermana, que vea pues como se maneja de bien con una, qué mamá la tuya, Pachito, iba a la cocina y preparaba café, abría tarros, organizaba la despensa, se reía sin uno saber por qué y de pronto soltaba su frase más famosa: “a buen puerto llegaste, desgraciado”. Los dos entonces nos reíamos y de un momento a otro callábamos, nos mirábamos, no encontrábamos palabras, y era ahí cuando ella me decía que fuéramos a leer, o, mejor dicho, que yo le leyera los libros

de plantas mágicas, que ya yo estaba muy grande y no había problemas. Cuando nos aburrimos, buscaba en un escaparate oscuro y monumental las cajas en las que guardaba las fotos de familia, las veíamos como casi todo el mundo mira esos recuerdos, con cierta dulzura, con curiosidad, como tratando de reconocer a los que allí estaban detenidos en el tiempo, observando cómo habían cambiado, o, simplemente, preguntándonos quién era el señor que aparecía junto a mamá, o la dama que estaba cerca al abuelo, y así. Eran siempre, desde luego, las mismas fotografías pálidas, pero, cada vez, uno las veía distintas, luminosas, les descubría algún encanto, mirá que bien lucía Juan, y aquí como estabas vos de linda, tía, toda preciosa la quinceañera, y mirá al tío Manuel tan distinguido, eran las palabras comunes de todos los que se sientan a mirar fotos. Pero era sin duda una acción muy grata.

Después ella decía vení acostémonos a hacer una siesta, que hay que descansar, el tiempo es tan corto y cuando una menos piensa está destripada en la tumba, así que vení, y si no te podés dormir, pues me das calorquito de todos modos. Sentía su cuerpo caliente, su respiración llena de ritmos y de ocultos sobresaltos, volteada, con la cara hacia la pared, dándome la espalda, y yo mirando el techo, buscando figuras en él, como cuando miraba al cielo y dibujaba con la imaginación animales fantásticos en las nubes, era como si estuviera eludiendo una fuerza que no comprendía, como si me resistiera a estar tan cerca de ella, pero también como si una atracción irrefrenable me empujara hacia su cuerpo, no podía en verdad entenderlo.

¿Qué estás pensando, Pachito?, me sorprendía con la pregunta. En las nubes, le contestaba. Ah, vos siempre tan elevado. Y después se quedaba dormida, a veces le temblaba el cuerpo, o se estremecía, también soltaba alguna palabra inentendible y uno sabía que estaba

soñando, y así de las nubes pasaba a pensar en el posible sueño que ella estaba teniendo en ese instante eterno, podría ser que estuviera en un desmesurado jardín de plantas mágicas, cultivándolas, regándolas, o que leyera la ceniza de un cigarrillo enorme que nunca se apagaba y en el cual estaba el destino de todos los hombres, o si sobre una mesa sin fin tirara los naipes para que cada señora del barrio llegara a saber su suerte, o quizá soñaba con sus novios idos, o con los días de su niñez, y así uno se volteaba y empezaba a mirarle la espalda, el cabello que se regaba en desorden en la almohada o a ver como se movía su cuerpo en cada respiración, en cada latido.

Ya no estoy muy seguro si fue por esos días cuando me empezó a contar sus sueños; supongo que sí porque en esos trances yo me quedaba mirando su cabeza, a ver si de ella salían las imágenes soñadas, qué bueno ver los sueños de los otros, como cuando uno miraba los cielos buscando en las nubes una historia, alguna fantasía. Y supongo todo eso, porque, cuando yo la creía dormida, en realidad estaba soñando despierta, que fue una manía o un prodigo que le iba a durar muchos años, no sé cuántos. Pachito, me dijo una vez, no sé lo que me pasa cuando me concentro en los naipes, es como si me estuviera yendo no sé adónde, o como si cayera por un hueco hondo y oscuro, pero al estar muy abajo mis sueños se colorean. Mucho tiempo después, leí no sé en cuál libro que los que sueñan en color son esquizofrénicos o señal de una perturbación mental.

Verania me contaba sus sueños en la cocina, casi siempre, mientras preparaba el tinto, que al principio hacía de café en grano, de ese que hierve con un aroma delicioso, pero, después, tal vez porque se fue llenado de afanes, lo cambió por el instantáneo, que no tenía el mismo encanto ni el mismo sabor. Me sentaba a escucharla y a

verle sus movimientos precisos en la cocina, que a veces sueño con tu mamá, que vamos en un barco por el Magdalena, un barco, un vapor con mucha gente y con muchos hombres que cantan. Nunca puedo recordar las canciones, pero sé que son muy bonitas, porque tu mamá y yo nos quedamos embelesadas, oyéndolas, voces roncas, de alto volumen, y también a veces sueño con mujeres voladoras, no sé qué significará eso, Pachito, pero son mujeres de alas muy anchas, que aletean sobre mi cabeza y yo las miro queriendo ser como ellas, pero nunca he podido volar en mis sueños.

Tenía sueños recurrentes, como el del gallinazo enorme que se posaba en el copo de un piñón y las alas le crecían hasta cubrir todo el árbol y convertía el mundo en una sombra. También me contaba sueños de neblinas sobre las que iban pasando gatos amarillos tras asustadas ratas en fuga, y sueños de botes que no navegaban hacia ninguna parte y flotaban sobre ríos paralizados. Yo la escuchaba con los ojos muy abiertos, como se escucha a alguien que está más allá de lo terrenal, o como uno escuchaba las sirenas que enloquecían a los marinos en Ulises, o como esa música de la película de Perseo el invencible frente a la medusa.

También tenía noches de pesadilla y, por eso, para desterrarlas, porque, Pachito, esos son demonios que se le cuelan a una para mortificarla, abría antes de acostarse el taleguito de terciopelo rojo el cual me mostró cuando yo le insistí pero tía, tiíta, qué es lo que tanto guardás ahí cuál es pues el misterio, decime a ver, Pachito no seás curioso que es un secreto mío, es un animalito negro el que tengo ahí amarrado, y yo pataleaba y suplicaba, y ella entonces ante mi creciente curiosidad e insistencia lo fue abriendo con una actitud de meticuloso suspenso y vení pues asomáte y apareció un imán lleno de limaduras que formaban como una araña, que eso se

lo compré hace tiempos a un indio junto al Palacio Nacional y es una contra, ¿sabés lo que es una contra? Pachito, que algún día te la voy a regalar. Es un tesoro.

Guardaba el taleguito debajo de la almohada y se sumía en un sueño tranquilo y reparador. O eso era lo que yo sentía, cuando me quedaba a dormir en la otra pieza. Que amanecer en su casa siempre tenía altas cuotas de emoción y aventura. Se oía allí un canto de sirenas.

## Cinco

Ella parecía una gitana, no sólo porque adivinaba suertes y leía cartas y cenizas, sino porque iba de un lugar a otro, que cuándo será que tengo una casa propia, porque esto de pagar alquiler sí es duro, está una trabajando para los desconocidos. Para mí no era raro verla mudarse, porque ya estábamos acostumbrados a esos trajines. Uno también iba de casa en casa, y cuando ya había hecho amigos en una cuadra, cuando ya conocía cada ladrillo, cada entejado, cada cara y acera del barrio, nos trasladábamos, y uno dejaba atrás a los que jugaban bolas, a los que jugaban fútbol, a los que tiraban trompos, a los que iban a las fincas suburbanas a hurtar mangos y naranjas, a los que arrojaban piedras a los entejados, a los que quebraban vidrieras, a los que corrían por la calle detrás de otros en el juego de la guerra libertada, a los que se escondían detrás de las puertas o detrás de los carros estacionados, en ese coquí-coquí de la noche, pero en cada barrio encontraba uno a los que jugaban esas mismas cosas, y ya no había ningún vacío, pronto uno olvidaba a los de ayer, no había espacio para las ausencias, todo se renovaba y se metía en ese presente continuo, de nuevos amigos, nuevas calles, otras aceras, y aunque la casa fuera otra en cuanto a paredes y pisos, en cuanto a cuartos y solares, era la misma, porque, eso me lo decía Verania, uno mismo es la casa, donde quiera que vaya, esté donde esté no habrá otra casa distinta, uno la lleva por dentro. Por supuesto, cuando ella lo dijo, poco entendía yo de esos misterios, pero las palabras suyas me quedaron sonando, como esas canciones que no se olvidan.

El Congolo era un barrio de calles amplias y destapadas, cruzado por una quebrada limpia y en el que, en las madrugadas, uno sentía

el pasar lento de las bicicletas de los obreros que iban a las fábricas. Eran bicicletas muy pesadas y, casi todas, tenían una bombilla adelante y, atrás, la parrilla, en la que los trabajadores disponían un termo de aluminio y un portacomidas hermético y brillante. Brincaban sobre los huecos y los desniveles de las calles descuidadas. Algunas tenían una corneta o un pequeño timbre, y todas llevaban guardabarros. Uno, desde la cama, escuchaba aquél tránsito, el rodar de los trabajadores y sentía una especie de alegría de que no fuera uno precisamente el que, a esa hora, estuviera en la calle, porque qué pereza ir a una fábrica, cuando se puede estar en casa debajo de las cobijas, eso pensaba mientras me acomodaba para sentir la tibieza de las frazadas.

Un lugar amado e imprescindible del barrio era una plazoleta ancha, plana, en la que solíamos jugar al fútbol con pelotas de plástico, en medio de una algarabía que sacaba de quicio a las señoras y ponía a los señores a vernos las gambetas y las paredes, y a decir, huy, aquél muchacho sí que juega bonito, es una maravilla, o mirá a Chucho cómo perrea a los otros, y ese Pachito parece que va a llegar a la profesional, y al Gordo Humberto el peso no le permite correr, ah, no, estos muchachos irán muy lejos, pero de pronto, cuando la pelota golpeaba contra una puerta o una ventana, el escándalo de las señoras parecía una gritería de loras, que estos malparidos no nos dejan en paz, y era en ese momento cuando llamaban a la policía, que aparecía al rato, una patrulla gris, destartalada camioneta Ford, que nos hacía correr en distintas direcciones y a veces no nos daba tiempo de llevarnos la pelota, que era decomisada. Entonces, ya seguros y jadeantes, decíamos que había que recoger plata para comprar otra esférica, que estas viejas desdichadas se quedarán mamando porque el fútbol no nos lo podrán quitar nunca, y esta noche le vamos a dar piedra al

entejado de la vieja Rosa, tan chismosa y sapa, para que llame a la poli por un motivo, y, en efecto, por la noche caía una bandada de piedras sobre las tejas, o sobre algún ventanal, y otra vez aparecía la bola gris, con sus policías cansados y viejos que nunca nos podían alcanzar.

Y el fútbol volvía a la plazoleta, día tras día, noche tras noche, que casi todo el tiempo era para jugar. Y cuando ya no podíamos más de tantos goles y patadas, cambiábamos el ritmo y el decorado, y la misma calle nos servía de escenario de guerras, o de teatro para presentar la obra de un muchacho contra la pared, la cara tapada con las manos, y, claro, seguramente mirando de reojo para observar hacia dónde corriámos, contando hasta diez o veinte o treinta, coclí coclí el que lo vi lo vi y el que esté detrás de mí no juega, y nosotros corriendo, buscando escondite, junto a un poste, detrás de un muro, en algún baldío, que entonces había tantos solares como casas, parecía el mundo reciente, todo medio empezado, incluidos nosotros.

Y terminado el coclí nos sentábamos en alguna acera, todos muy juntos, sudando, para mirar las estrellas y contarlas, o más bien contar cuentos que también teníamos concursos de historias, el que más imaginación tuviera, o el que mejores mentiras contara, y entre estrellas y palabras todo era tan corto, tan rápido, que de pronto aparecía la mamá del Gordo, y la de Chucho, y la de Vampiro, y la de cada uno, que ya es hora de dormir, pelados, vengan a ver que hay que madrugar a estudiar, pero a la noche siguiente volvíamos a reunirnos con otras intenciones, por ejemplo, la de fumarnos un Pielroja o un President, arrojar humo por boca y nariz, sentirnos así grandes, y luego chupar confite de menta o mascar chicle para que en casa no nos sintieran el olor a nicotina, que puñetero pelado estabas fumando y el golpe en la

boca, y eso sí que era un desastre, que ya te he dicho que si fumás no crecés y te volverás un bruto, pero nada, ninguna de esas retahílas furiosas nos amedrentaba, y fumar era un clandestino placer de la noche, mientras cada uno contaba un chiste, un cuento, o decía que voy a ser astronauta y a mí me gustaría ser aviador, y a mí autor de libros, y a mí futbolista, y a mí bombero, pero ninguno, eso sí, decía que quería ser policía, jamás.

No sé cuándo comencé a hablarles de mi tía, de sus poderes mágicos, de su sabiduría para leer las cenizas de cigarrillos y los asientos de café y chocolate, y en una invención mía, y de ella, de su capacidad para volar, que tengo una tía que cuando quiere se monta sobre una escoba y dice no creo en dios ni maríasantísima y abracadabra patas de cabra, que el diablo se me abra, se sube al techo y ¡zas!, vuela y vuela y va donde quiere ir, que un día de estos me va a invitar a un paseo por las nubes, y bueno, les hacía abrir la boca, alelados, hasta cuando Chucho decía eso no es nada, mi abuelita era así y volaba más lejos y más alto, porque nos contó que en otros tiempos se desplazaba de Copacabana a Girardota, volando por encima de la montaña, y uno qué va, güevón, eso es mentira, porque mi tía Verania es la única que tiene esos poderes, que yo, cuando ella venga a mi casa, se las voy a presentar.

Cuando la vieron por primera vez, ella cruzando la plazoleta, el paso fino, la mirada al frente, una suave cadencia al caminar, todos se quedaron turulatos, porque sintieron (eso dijeron) una cosa inexplicable, una irradiación, no sé, esa tía tuya tiene una mirada muy jodida, dijo Chucho, y una forma de pasar como si fuera el diablo, dijo otro, huy y despide olores a ramas como las que venden en la plaza de Bello, también se oyó decir, y yo se los dije que ella era como del otro mundo, capaz de desaparecer cuando quiere, o de volver sapo a los que no les caen bien. Ah, y eso no es nada, es

capaz de hacerlo ver a uno, en un vaso, o en una botella, películas de aventuras, y de hablar con los muertos, y creo que lee los pensamientos de la gente, que una tía así tan especial no la tiene todo el mundo.

Cuando el Gordo escuchó lo último, soltó la frase que nadie esperaba: “tiene cara de puta”.

## Seis

La agitación llegó al barrio. No se sienten en la acera del Florida, muchachos, que puede haber una pelea y los hieren, nos dijo, a los de la gallada, el Bizco Esteban, dueño de la tienda El Progreso, en la que nos reuníamos después de los partidos de calle, a tomar gaseosa, comprar leche condensada, chupar helados, o mezclar malta helada con leche, que a veces todas esas mixturas pasaban de boca en boca, porque, ve, Chucho, dame un poquito, ve, vos Gordo, prestáme veinte centavos para una crema, una chupadita que no me demoro, oíste Chinga, un pedazo de hielo, y así, todo se compartía, pero una tarde el Bizco nos dijo que la situación estaba muy candente, que él era *anapista* y que se rumoraba que le iban a robar las elecciones a Rojas Pinilla, muchachos, que ese es el presidente que necesitamos para salir de pobres, y nosotros nada entendíamos, o muy poquito, y en realidad poco o nada nos importaban el tal candidato y las elecciones, aunque ya habíamos participado en pedreas cuando los manifestantes salían por las calles del centro, gritando vivas a rojaspinilla, con banderas tricolores, azules blancas y rojas, y aparecían los *tombos* en carrera, y todo el mundo corría, se iban hacia la choza de Marcofidel, metida en una urna de vidrio, y precisamente ahí era cuando se armaban las pedreas, y nosotros aprovechábamos para tirar guijarros sin ton ni son, para oír el estallido de los vidrios y luego correr y correr, los policías detrás, y uno subiendo hacia el Calvario, ese morro con estaciones de mármol en las cuales las viejas se detenían a rezar oraciones en libros antiguos, y llegábamos hasta la cumbre sembrada con dos palmeras, atravesábamos por entre las imágenes del Cristo, San Juan y María, y desde más arriba volvíamos a la carga con una muy surtida tanda de piedras contra

los policías que ya estaban en ascenso, pero como era tanta la gente de la trifulca, no sabían a cuáles perseguir, y por lo demás nosotros éramos bastante veloces, que estábamos convertidos como nos decían ya las señoras, en unos piernipeludos sin dios y sin ley, y los tombos quedaban locos.

El caso, muchachos, es que no se arrimen de a mucho ahí, que el bar es un sitio de reuniones políticas, llega tanto atravesado, y de pronto se arma una tremolina, pelados, y puede haber bala y machete, en fin, ustedes saben y si no lo saben ya lo irán sabiendo que estos tiempos son delicados, nos decía el Bizco, con su mirada entornada, esos ojos volados que uno no sabía a quién observaban, claro que ya las peleas eran costumbre en el barrio, peleas a machete y piedra, a puños y puñaleta, y uno se ponía a verlas, que era como otro cine, como las idas a matinal o a matinée, pero viendo sangre de cerquita, bocas reventadas, cabezas rotas, oyendo hijueputazos, oigan, oigan, se armó un bonche en la esquina y salíamos corriendo para no perdiérnoslo, o para gritar como si fuera una barra de fútbol en una cancha. Ya se los dije, pues. Quedan advertidos.

A veces, sin embargo, nos sentábamos en la acera del bar, porque era un modo de acercarnos a su interior, de sentir más próxima la música del Seeburg, discos de adultos, Sonora Matancera, Piero y si vos te vas, la voz de vaca de Leonardo Favio y fuiste mía un verano, y a un tal Pepe Aguirre que le cantaba a una mujer de cabaret, demacrada y sin fuerzas para andar. Uno sentía que iba creciendo en la medida en que pudiera estar más cerca de la mesa de un bar, que sólo era para gentes grandes, y, en particular ése, para los que gustaban de políticas y cosas así, que se vaya al carajo el Bizco que El Florida es un imán, y uno parado en la puerta, mirando el mostrador, las mesas redondas de metal, los taburetes de tijera, cuadritos de cantantes en la pared, y las luces del piano,

huy qué bacanería de piano, nos decíamos, ve voy a echarle una moneda, ¡cuidado culigadados!, nos gritaba el dueño, un señor moreno, que se decía venía de los Llanos orientales, nombrado Jenaro, pero al que todos, por su caminado tan particular, llamábamos *Cagao*.

Una tarde, después de un partidazo de fútbol en la plazoleta, nos reunimos junto a la nada serena cantina, que mirá el gol que te comiste, y vos la patada que me diste, güevón, y viste las gambetas de Pachito, y yo creyéndome muy uva, un Pelé blanco, porque de verdad que movía bien ese carey, y todos muy embelesados en los comentarios, cuando de pronto se oyó la quebrazón de botellas, la algarabía, y dos tipos se daban puños, y otros tiraban taburetes, qué cosa, nos desbandamos, porque ya habían sacado machetes y *Cagao*, detrás del mostrador, esgrimía una peinilla y la rastrillaba, y se tiraban insultos, godos hijueputas, anapistas muertosdehambre, y la plazoleta se fue llenando de gente, las señoras chismosas, las que nos quitaban los balones para rajarlos a punta de cuchillo, las que llamaban a la patrulla que vea que hay unos pelados jugando en la calle, todas muy curiosas en las puertas y ventanas.

La trifulca creció, porque llegaron de otras cuadras tipos que querían participar en ella, y botella va y viene, machete para acá y para allá, que mirá cómo maneja ese man el cuchillo, y ya algunos tenían las camisas ensangrentadas, qué alboroto tan atroz, y en el otro lado, el Bizco vieron, muchachos, lo que les dije, estas elecciones van a estar muy movidas y peligrosas.

Fue en éas cuando apareció Verania, como salida de la nada, ahí, junto al Bizco, Pachito, Pachito, vení para acá que te pueden matar, vámonos para la casa, y al acercarme a ella le escuché la premonición tajante, dirigida al tendero: “Va a ganar rojospinilla”.

## Siete

Ve, gordo marica, por qué decís que mi tía tiene cara de puta, si más puta es tu mamá, y el gordo me miraba aterrado, y más todavía cuando mi mano empuñada ya se estaba acercando a su cara, pero en fracción de segundos esquivó el golpe, que no era tan lento el muchacho pese a su grasa, y todos se metieron en medio de los dos, que no peleen, carajo, que son amigos, y yo haciendo repulsa, soltame, soltame, que lo voy a quebrar, y el gordo soltalo, soltalo que a mí nadie me tira, y así, hasta cuando de tanta pataleta de uno y otro, todo fue quedando otra vez tranquilo, y ya Verania había llegado a la casa. Mirá, gordo, no sé por qué dijiste ese insulto, pero es muy peligroso, mucho, porque, ya te lo dije, mi tía es bruja y te puede volver una misería, o si no pues yo también te machaco, y volvimos a amagar pelea, nos cuadramos a lo boxeador, las manos empuñadas, moviéndolas aquí y allá, la rabia apretada en los dientes, y otra vez todos separándonos, qué va, Pachito, andáte pa tu casa, gordo, no jodás más..., hey, par de güevones... ¡ya!

Después, Verania pasaba de vez en cuando, rumbo a mi casa, y todos la miraban con respeto, porque, de tanto contarles historias suyas, ya la tenían en un pedestal, ya algunos le habían dicho a sus mamás la tía de Pachito es bruja, lee cartas y cigarrillos, y las señoras ya estaban interesándose en sus dotes, que cómo así, vamos a tener que conversar con ella para que nos traiga la buena suerte, alguna llegaba hasta mi casa, hablaba con mamá de cualquier cosa, y luego le disparaba la pregunta, ¿verdad que usted tiene una hermana que sabe muchas cosas? Y mamá no entraba en detalles, pues sí, ella ve el futuro en las cenizas de cigarrillo, ah, sí y cuándo me llevás donde ella, qué bueno, porque necesito saber cómo van a estar mis arcas

este año, que la situación está tan difícil, no ve pues todo lo que está pasando en el país...

Y para nosotros lo que pasaba era que había unos candidatos muy bullosos, las paredes llenas de carteles, los postes también, la cara sonriente de un tal Pastrana, la más seria de Rojaspinilla, y todo era bastante aburrido, de no ser por las escaramuzas ocasionales, esas que nos llevaban a las pedreas, que como había tanta calles sin asfalto las piedras abundaban, y todos aprovechábamos para quebrar ventanales o hacer aspaviento, sin tener la menor idea de qué era todo ese discursear de elecciones, que todo es pura paja, decían. Una noche, en la que no se sabe por qué no jugamos a nada, sino que nos sentamos a conversar en la acera del Bizco, y, cuando en un momento todo estaba más bien silencioso, me paré, hice bocina con mis manos y grité a todo taco ¡viva el general Gustavo Rojaspinilla!, de un modo tan aturdidor y violento que todas las puertas y ventanas se abrieron, salieron las señoras y los señores, algunos con el susto en las caras, otros con cara de pura curiosidad, será que va a haber una revuelta, decían unos, pero al no encontrar las hordas de manifestantes, ni ver a nadie, sino un corrillo de pelados, se sorprendieron más aún porque de dónde vendría ese grito estridente, y ya todos nosotros empezábamos una risita despaciosa, que fue aumentando, subiendo de volumen, más intensa cada vez hasta estallar en una carcajada que retumbó en la plazoleta, y poco a poco las señoras y señores fueron cerrando las puertas, como avergonzados por el tremendo vacilón. Y de alguna parte salió una voz indignada: “¡qué maricas tan bobos!”.

## Ocho

Verania ya se había mudado a una casa muy cerca de la autopista, en Puerto Bello, y cada mudanza representaba para ella tener que volver a buscar clientes para sus adivinanzas, aunque, era fama, muchos iban a buscarla donde fuera, porque requerían su consejos y conjuros. Y yo también iba a buscarla, para oírle sus sueños, para reír juntos y para que me dijera, cada vez, “a buen puerto llegó”, para probar su café sabroso, leer revistas, las mismas de siempre, ah, te estás volviendo buen lector, qué bueno para vos, porque a mí me gusta leer de vez en cuando, pero ya los ojos se me cansan, imagináte, hasta para ver el futuro en las cenizas, una, mijo, va perdiendo los poderes.

Sin embargo, los tenía intactos, oíste, va a ganar Rojaspinilla, mirá que todo está muy agitado, y tu mamá y yo vamos a votar por él, y qué va tía, quién es ese Rojaspinilla que ya me hace gritar en las calles, es un tipo que está con los pobres, ya había sido presidente hace tiempo, y ayudó mucho a la gente. Y así, cuando no se hablaba de política, entonces lo hacíamos de la vida, tía, que hace rato no tenés novio, o qué, claro que sí es que no te los puedo presentar todos, jajajá. Ah, no, tía, dejate ya de esas cosas y volvete seria, más bien casate con alguno, no qué va, no nací para depender de nadie, ja, ja, ja.

Tenía la piel trigueña y no se maquillaba. No recuerdo haberle visto los labios pintados ni los cachetes con colorete, no necesitaba, porque, en realidad, tenía una boca carnosa, la nariz elegante, los pómulos un poco salidos, y eso le daba una apariencia exótica, como de egipcia, o eso creía yo entonces, tal vez después de ver en

algún libro de geografía a mujeres de esa parte del mundo. No se miraba mucho en los espejos, y acostumbraba a lavarse la cara con agua de arroz, porque, sabés, es lo mejor para una conservarse joven, no te deja arrugar.

Por esos días, todavía eran frecuentes mis visitas, pese a las conversaciones con la gallada, los partidos en la calle, los juegos, las primeras conquistas, y todo lo que, poco a poco, nos va alejando, en esa edad turbulenta, de la familia, de los amores iniciales. Pero con ella era distinto, era otra manera del juego y la aventura, me gustaba tenerla cerca, escuchar su voz, sentir su olor a ramas frescas, ve, que hay que bañarse con agua de rosa amarilla, porque trae buena suerte, y siempre tener en casa sembrada la matica de ruda, para alejar los maleficios, que vos sabés que hay mucha gente envidiosa, y te tiran sal, o te quieren desterrar, te arrojan la medalla de san Benito para que te largués del barrio, y por eso yo riego azúcar en los rincones y tiro, debajo de la cama, alguna moneda, para que la plata no me falte, y acordate lo que te dije del agnus dei, muchacho que ya irás descubriendo la maldad del mundo e irás creyendo en mis advertencias.

Su casa estaba en un callejón. Cuando salía, revisaba las ventanas, se fijaba en la fachada, examinaba la puerta, no fuera que le untaran sangre de murciélagos o tiraran tierra de cementerio, que hay gente mala. Mirá que muchos de los que aquí vienen a consultar, están salados, porque otros les han mandado el mal, todo es como una guerra, tantos tan corrompidos. Había vuelto a pegar el santoral en las paredes y sobre una repisita prendía velas a la Mano Poderosa.

En esos días fue cuando me dijo: “algo malo va a pasar en las elecciones”.

Pero qué, como sabés, contame, qué es lo que va a pasar, no sé no sé es como un presentimiento, en estas noches he soñado con sangre, aunque no sé de quién, es sangre que corre por un pasadizo, o por un callejón, muy despacio, y lo va cubriendo todo, qué sueños raros y malucos, se vuelve como río que se desborda, inunda las casas, me despierto y tengo que ir a preparar bebida de cidrón, para calmar los nervios y no desvelarme.

## Nueve

Las calles amanecieron empapeladas, las caras de los candidatos, ya de tanto repetirse, parecían no notarse, se confundían con el paisaje, pero estaban por todas partes. El bar no abrió ese día, porque había ley seca, pero la tienda del Bizco abrió más temprano, para que los que iban a votar pudieran entrar a comprar cigarrillos y víveres, que el Bizco, como la tía, también había pronosticado que pasarían muchas cosas en estas elecciones, pelados, así que aprovechen ahora y disfruten la calle, porque después no se sabe.

La plazoleta se llenó de nosotros por la mañana, jugamos el primer partido del domingo, pero era interrumpido, porque, como nunca antes, pasaban muchos carros, con gentes vociferantes, con banderas, viva Rojaspinilla, viva Pastrana, viva el partido conservador, viva la alianza nacional popular, una mezcla de colores y gritos y emociones, pero todo eso lo enterrábamos luego con los alaridos de gol, con los pelotazos contra los muros. Ya estábamos sudorosos, las camisas mojadas, alguno con un raspón en los brazos o en las rodillas, cuando en ésas Chucho dijo, oigan, hermanos, vámonos para el parque a *patiarnos* las elecciones.

El parque, lleno de casetas, parecía un hormiguero, con gente va y viene, con corrillos y coros, todo como una feria carnavalesca. Pedíamos a los pregoneros, todos con taleguitos en sus manos o colgados a un lado a manera de mochila, sobres con votos, ah, qué va, ustedes no pueden votar, decían algunos, pero no importa, queremos leer lo que dice un voto, y así. Se leía: voto para presidente de la república, senado, cámara de representantes, asamblea, concejo, letricas menudas, nombres que uno ya no

recuerda, a un lado los titulares, al otro los suplentes, y con esos papeles hacíamos aviones, el parque se llenaba de ellos, al vuelo, que vean esos malparidos pelados están botando los votos, los votos volando, los votos perdiéndose, aviones estrellados contra el piso, que el reguero era ya bastante amplio y confuso.

Los vivas de unos y otros eran estridentes, gente corriendo, pitos de buses, cornetas desafinadas, unos hombres con tambores y trompetas, ¡viva Rojaspinilla, viva!, y nosotros acompañábamos el grito, ¡viva!, era como un juego de calle. En una esquina se encontraron los de los bandos a discutir, se acaloraban, que para qué votar por un dictador, que para qué votar por un oligarca, unos y otros intercambiaban insultos más que argumentos, sí, en verdad todo aquello era muy emocional, también emocionante, señoras que exhibían una yuca, que ahora sí tendremos comida con Rojaspinilla, viva el general.

La gritería iba creciendo, más gente llegaba al parque, otros hacían fila en el puesto de votación, en el Instituto Jesús de la Buena Esperanza, una fila enorme que daba varias vueltas a la manzana y ya nadie sabía quién iba adelante o atrás, que muévanse, que no vamos a llegar a tiempo, y llegaban policías a observar el despelete. En esos momentos fue cuando apareció Verania, la vimos bajar hacia el instituto, los pasos firmes, una carterita apretada a un costado, hola tía, entonces si vas a votar por Rojaspinilla, claro, ojalá vos pudieras hacerlo, vamos a ganar, Pachito. Siguió bajando, se metió por entre la gente, nadie le decía nada, ningún grito de hacé fila vieja hijueputa, entró y votó.

Afuera, el parque era una especie de bazar de san Isidro, se vive, se siente, Rojas presidente, con un agitar de banderas tricolores, con muchas mujeres gritando, algunas sentadas bajo la fresca de las

ramas de un piñón, otras llevando gaseosas y panes a los de los puestos de repartición de votos, frágiles cassetas de plástico y madera, y nosotros dando vueltas, pasando después por el frente de los teatros, para apretujarnos contra sus rejas para mirar las vistas, que van a dar una de capa y espada, ve, anuncian una del Santo, y otra de Viruta y Capulina, volvíamos después, con helados en las manos, a pasar por entre la multitud del centro, en medio del calor, del olor a sudor y a papas rellenas, sí, sí, Pastrana sí, se escuchaba con menor intensidad, porque el grito más gordo era el de los partidarios de Rojaspinilla, que eran casi todos los que por ahí estaban.

Cuando volvimos al barrio, con las caras quemadas y la boca seca, se oían los radios a todo taco con las noticias sobre las elecciones. Cuando el sol se estaba ocultando, nos volvimos a encontrar en la plazoleta para jugar un partido, pero eran tantos y tan seguido los piquetes de soldados que pasaban, que más bien nos sentamos en la acera. Chucho prendió un Pielroja, aspiró con fuerza y botó la bocanada, estirando el cuello. Ya se creía mayor.

## Diez

La noche se fue llenando de gritos, en la medida en que se iban conociendo los resultados. Pasaban carros con seguidores de Rojaspinilla, alborotando, se vive, se siente, Rojas presidente. Para participar del entusiasmo, Chucho, el Gordo, Chinga, Fito y yo, nos metimos a un baldío, recogimos piedras y cada vez que pasaba un vehículo por la otra cuadra, lanzábamos una andanada; a veces se escuchaba el golpe contra las capotas; a veces, el romperse de un vidrio. “Vámonos ya”, dijo uno, y salimos en tropel, en el momento preciso en que pasaba una patrulla, corrimos en distintas direcciones, se oyó un frenazo, y la correndilla de los policías, la pesadez de sus botas, pero entonces aparecieron más carros de vociferadores rojaspinillistas, ¡hey!, no persigan a los pelados, policías hijueputas, y los policías se devolvieron para enfrentar el insulto, mientras nosotros ya estábamos muy lejos.

La bulla crecía y nosotros, para seguir alborotando, jugamos a la guerra libertada, pero nuestros gritos eran inferiores a los de la gente que salía a las calles a celebrar el triunfo de Rojaspinilla, y ahí me acordé de Verania, de su premonición y me hubiera gustado en ese momento estar con ella en su casa. El rumor aumentaba hasta volverse una voz informe, un ruido que parecía salir de la tierra, un clamor unánime y ronco, como si hubiera una represa rota, Rojas presidente, Rojas presidente, era la jubilosa canción de la noche. Uno, en la cama, seguía escuchándola, como si se tratara de una fiesta de todos los barrios, de un canto general, a veces muy estrepitoso, a veces armónico y dulce como una canción de cuna, otras tan fuerte y fiero como un himno de guerra, la masa anunciando su triunfo, y uno revolcándose con ganas de dormir,

pero como no podía hacerlo, con ganas de salir a las calles a participar del jolgorio o a quebrar algún ventanal.

Cuando hubo una pausa en la canción de la noche, se escucharon, muy lejos, unos disparos. Después, todo quedó en silencio.

Me despertaron los radios con un volumen de alta tensión, los gritos de estupor del vecindario, la cara enjuta y triste de mamá, las voces de incredulidad, cómo va a ser, no es posible, nos robaron las elecciones, ladrones, al pueblo nunca le toca, vamos a hacer una revolución, una vocinglería por todas partes, y uno sin saber qué era lo que sucedía, por qué tanta agitación, que nos asaltaron, el gobierno nos robó las elecciones, vamos a tomarnos el palacio, vamos a armarnos, vamos a incendiar emisoras, que de todo se escuchaba. Anoche, Rojaspinilla era el nuevo presidente, hoy es Misael Pastrana.

Las palabras de Verania resonaron en mi cabeza, corrí hacia su casa, y en el camino me encontré gentes entristecidas, señoras que iban a las tiendas por la leche, señores que viajaban a sus trabajos, las mismas bicicletas pesadas con hombres envejecidos y silenciosos, las mismas calles, tal vez más sucias, con papeles tirados, con sobres dispersos, con aviones pisoteados, las paredes con los carteles rasgados, y a Verania silenciosa, sin decirme esta vez a buen puerto llegó, los ojos idos, la vergüenza en sus mejillas, me equivoqué, Pachito, no ganamos, pero es que así no se puede ganar, cuando una nace para pobre del cielo le llueven hambres, y ya ves, nos robaron las elecciones, así que ya nunca volveré a votar.

Cuando pasé, de regreso a casa, por el parque, frente al palacio de gobierno se amontonaban partidarios de Rojaspinilla, con banderas y puños en alto, y, claro, con sus gritos destemplados, ladrones, el gobierno es un ladrón, exigimos claridad en las

elecciones, anoche ganábamos y hoy amanecimos atracados. Me quedé observando, y, de pronto, la turba marchó hacia la Registraduría. Corrí hacia el barrio, había que llamar a los de la gallada para no perdernos lo que, creía, iba a ser una revolución. Vamos, muchachos, que habrá tremolina, como dice el Bizco, que nos miraba con sus ojos desviados y sus brazos apoyados en el mostrador.

Cerca de la Registraduría se escuchaba el rugido fiero de la multitud. Los estudiantes del liceo oficial también estaban listos. Un grupo de señoras subió por la avenida Suárez, hacia el Calvario. Iban a rezar y hacer una penitencia en las estaciones de mármol, para que mi diosito nos devuelva la presidencia del general, se oyó decir. No se supo de dónde partió la primera piedra que se estrelló contra las vidrieras de la choza de Marco Fidel. El estrépito inicial convocó más pedradas y la urna se fue desmoronando. Había cierto placer en quebrar vidrios, era como una herejía, como entrar a un lugar prohibido. Nos gustaba y por eso habíamos ido a demostrar que éramos muy buenos para la tirada de piedra, que la experiencia no se improvisa, porque estábamos curtidos de hacerlo en “derrotas” memorables contra las galladas de Niquía y Prado y La Cumbre, que entonces era muy común disputar los territorios a punta de guijarros, con descalabradadas de muchos, que tener una cicatriz en la cabeza era señal de pertenecer a buena familia.

Apareció el primer pelotón combinado de policías y soldados, que arremetió contra la multitud. Corrimos hacia El Calvario, y las señoras, despavoridas, rodaban por las faldas, mientras los muchachos subíamos hacia la cruz, desde donde volvíamos a lanzar la pedrería. Se escucharon detonaciones, huy, esos son tiros de fusil, gritó alguien, y nos pusimos en fuga hacia el barrio El Rosario. Los otros, ya habían llegado a la Registraduría, tiraron bombas molotov y el incendio se propagó a los locales vecinos.

Paramos cuando nos dimos cuenta de que ya no nos perseguían. Dimos un largo rodeo y nos aproximamos a la Registraduría, guiados por las columnas de humo y las voces desesperadas de las sirenas. Del Taller del Ferrocarril y de las textileras, brotaron los pitos, como un lamento. La ciudad estaba estremecida y mientras veía consumirse aquella oficina, recordé las palabras pronunciadas por Verania un poco antes: “no volveré a votar”.

Por la noche, la calma era otra vez sobre la ciudad, las noticias decían que todo estaba bajo control, que el nuevo presidente era Pastrana y que Rojaspinilla había reconocido su derrota y llamado a la cordura a sus huestes. No salimos a la plazoleta, porque había toque de queda, pero desde las ventanas veíamos pasar la ronda de policías y a unos cuantos parroquianos que corrían para no ser detenidos. Lo más indicado para uno, para no aburrirse metido en casa, era oír Radio Ritmos, una emisora que todos los pelados escuchábamos, porque pasaba la mejor música de la juventud, porque clasificaba, diariamente, las canciones en un escalafón, según las preferencias de los oyentes y suministraba un carné a los que se suscribían al radioclub.

—Pachito, dormíte ya, porque mañana debés madrugar a llevarle a Verania un mercadito — me dijo mamá.

Desde la cama, escuché algunos lejanos gritos, lastimosos vivos al general que, según dijeron después, se dejó robar las elecciones.





## Once

A buen puerto llegaste, Pachito, si no traés nada podés devolverte, que estoy muy verraca. Me lanzó una mirada dulce y sonrió con desgano, le respondí con una risita nerviosa, porque, tía, te ves muy pálida, no has dormido bien o qué. Lo del general la tenía sin alientos, mirá que eso que nos han hecho no tiene perdón, estoy muy decepcionada, creía que, al menos, el general iba a ordenar que nos levantáramos todos para hacer valer la democracia, Pachito, que yo no sé qué pelotas será la democracia, pero tenía ganas de tener a uno distinto en la presidencia. Pachito, lo mejor para vos es que nunca te metás en política, no vale la pena, yo sé que no volveré a votar, y, además, creo que ahora sí me están fallando mis poderes, ya ni siquiera viene gente como antes a que les lea la ceniza y les tire las cartas, todo como que está cubierto por la desgracia, qué pereza. Ahora sí que necesito un macho que me mantenga.

Cuando lo dijo ya conocía a Gilberto, un hombre alto y rubio (que así siempre le gustaron), jugador de billar, habitante orillero de la quebrada La García, arriba en Bellavista. Lo había visto por primera vez, según me dijo después, en el parque, antes de las elecciones, cuando sus miradas se encontraron en una cafetería y ella quedó petrificada al verlo. “Será mío”, dijo que pensó, mientras trataba de grabarse su imagen, de retener la forma de su nariz recta, las cejas tupidas, los labios finos, el mentón cuadrado con un huequito a lo Kirk Douglas, que el hombre era de fina estampa, como lo describió la tía. Él, al sentirse tan observado, sonrió y no

tardó mucho en acercarse. Tomaron tinto, fumaron pielroja, se preguntaron sus nombres y se atrajeron mutuamente.

No sé por qué le pregunté ese día, tía, cuántos hombres has tenido, ah, Pachito, las preguntas que vos hacés, como tan imprudentes, no sé, eso no se cuenta, pero creo que estoy enamorada, vos de esas cosas no tenés idea, y ya te lo he dicho, no te vas a dejar dominar de ninguna mujer, acordate de los pantaloncillos al revés, ja, ja, ja. Después volvió a poner una cara de desilusión, maldita sea, que lo que más me duele de todo esto es haberme equivocado. Había soñado que ganaría Rojaspinilla, y en el sueño todos los pobres íbamos hacia el palacio presidencial, con banderas en alto, cantando, no recuerdo qué era lo que cantábamos pero parecíamos felices, y el nuevo presidente salía a un balcón, con una bandera atravesada en el pecho, y nos decía que había llegado la hora de los más necesitados, volaban muchas palomas alrededor de él y todos gritábamos su nombre y volvíamos a empezar la canción de la victoria, una canción dulce, que nos sabía bien, mirá, Pachito, que es muy lindo soñar, y yo estaba convencida de eso, de que el general ganaría.

Ah, tía, pero sí ganó, ya ves lo que pasó, que le robaron las elecciones. Y listo. Vos no te equivocaste, se equivocaron en el conteo, y bueno, otra vez será, como dice mamá, mirá que de todos modos nosotros pasamos muy sabroso, porque hubo pedreas, incendios, correndillas, ah, Pachito, vos como que vas a ser muy revoltoso, cuidado, mijo, no sea que te metan a un calabozo o quién sabe qué. Lo dijo con un tono de premonición, los ojos le brillaron más de la cuenta y en ellos se asomó la tristeza.

Supe, en ese momento, que ella cantaba en sueños, a diferencia de mamá que lo hacía día y noche, cantaba para ella y el vecindario,

cantaba si estaba triste, cantaba si estaba alegre. Verania soñaba con canciones y por eso no necesitaba cantar en la vida real. “Vamos a tomar tinto”, dijo.

Mientras lo tomábamos, soltó de improviso una carcajada, mostró sus dientes de nicotina, mirá, Pachito, que con uno o con otro, de todos modos, hay que trabajar, rebuscarse la vida, así yo creo que nací para perder, ni siquiera tengo casa propia, eso de pagar alquiler es como trabajar para desconocidos, ni el cigarrillo ni las cartas ni el chocolate ni los hombres me han podido dar para tener un rancho. Volvió a reír, su pecho temblaba, y entonces me fui uniendo a su risa, ambas risas crecieron hasta terminar en un silencio doloroso, porque ella recobró otra vez su cara triste.

Pachito, ¿sabés qué?, tengo dolor en la espalda, haceme un masaje, sóbame a ver si me voy aliviando. Mis manos pasaron, suaves, por su espalda, por encima de la blusa, una y otra vez, creo que ella cerraba los ojos mientras yo trataba de aliviarla, ah, qué manos milagrosas tenés, ya se me está quitando, y yo no sé por qué me estremecía, era como un cosquilleo en todo el cuerpo, mensajes en clave que no comprendía, muchas veces, después, se repitió la escena y ella repitió las palabras elogiosas sobre mis manos, y por mis manos subió una corriente, una sensación sin sentido, un anuncio que nunca entendí.

Pachito, creo que es mejor si me acuesto y vos me seguís sobando, porque a lo mejor me duermo un rato y nada como el sueño para una aliviarse. Estaba bocababajo, estirada, las piernas trigueñas, esas que siempre miraban los señores, lucían bien, me senté en el borde de la cama y pasé mis manos por su espalda, una, dos, tres veces, muchas veces, y ella se quedaba quieta, sentía su respiración serena, los ojos los tenía cerrados, el pelo desparramado sobre la

almohada, y de pronto comenzó a hablar en un duermevela, vendrán días muy difíciles, habrá sangre derramada, y otras cosas que no eran audibles, pobre tía, está viendo el futuro en sueños, pensé mientras mi masaje se iba diluyendo, como si mis manos y su espalda fueran lo mismo, las dejé quietas sobre ella para no interferir en sus visiones. Cogí una colcha y la cobijé.

## Doce

No duró mucho en Puerto Bello. En su nuevo barrio, en Nazaret, el mismo del cementerio abandonado, siguió leyendo suertes y adivinando desgracias y fortunas. Gilberto la visitaba casi todos los días y con él se le veía en el parque, en alguna heladería, caminando por las calles del centro. Era un tipo de buen hablar, que conversaba tardes enteras con sus amigos en El Dorado, un lugar donde se reunían los mejores billaristas. Tenía un bigote delgado, el cabello liso y andaba con los pies hacia afuera.

Nosotros seguíamos en El Congolo, y de vez en cuando mamá y yo íbamos a visitar a Verania; pero, en mi caso, no era como antes, ya no me interesaban sus historias ni sus magias ni sus experimentos con yerbas, porque el fútbol de calle, porque la gallada, porque la vida de barrio me absorbía, y porque era mejor quedarse allí, conversando con las muchachas, escuchando música en la casa de doña Lola, que tenía tres hijas muy atractivas, bailando con ellas los temas de Los Graduados, escúchame quinceañera este paseo sabroso, o porque con los amigos hacíamos excursiones de día entero a Potrerito, que era una exuberante región de fincas con mangos y naranjos y ciruelos, y con charcos hondos y caídas de agua, y así, por un tiempo, la imagen de Verania la cambié por las del Gordo y Chucho y Chinga, por las caras de Amparito y Nubia, por los sueños de tener un club juvenil para hacer nada, simplemente por el placer de estar en algo así, y porque los días de colegio cada vez eran más intensos, no por el estudio, sino porque había una suerte de despertar a otras cosas, y uno iba notando otros horizontes, que ya había profesores que hablaban de doctrinas sociales, como don Alirio, que, muchachos, vean ustedes que el

mundo no siempre fue el mismo, por eso es bueno leer, existen muchas maneras de interpretar la sociedad. Él, por ejemplo, fue el primero en hablarnos de comunismo, de las teorías marxistas, nos relataba historias sobre el petróleo, sobre el canal de Panamá, las bananeras, las compañías extranjeras, de la doctrina social de la Iglesia, y entonces Verania se fue convirtiendo en un fantasma, en una mujer supersticiosa, y como ya uno estaba leyendo “cosas duras”, me parecía que la tía era simplemente una señora ignorante, alguien que engañaba a los otros con embustes y basura metafísica, y así se lo hice saber una vez que, al recibirmé con su frase de combate, me dijo que si no había llevado siquiera un pan, ella no tenía nada en casa, pero, carajo, si no vine a comer nada, no sé por qué me dice eso, vine solo a conversar un rato, para que no vaya a pensar que la olvidé, qué va, si los sobrinos siempre son unos malagradecidos, y vos Pachito no habías vuelto, ya ves, ustedes crecen y no la voltean a ver a una más, pero no es así, tía, tiita, sino que me parece que usted está engañando la gente con sus malos consejos, qué cuales malos consejos, desgraciado, si antes lo que hago es ayudarlos a vivir mejor.

Todas esas cosas juntas, más los partidazos que nos jugábamos en la cancha de Santana, las idas permanentes al Quitasol, un morro enorme que parecía desafiar nuestra capacidad de resistencia juvenil, porque había que atravesar caminos empedrados, andar con cuidado por desfiladeros de miedo, saltar zanjas, y las cartas de conquista que ya empezábamos a escribirles a todas las peladas, me fueron alejando de la tía. No sé cuánto tiempo estuve sin visitarla. Pero volví el día en que nos habíamos reunido, para apoyar a los de la Universidad de Antioquia, los estudiantes del Fernandovélez, el Robertojaramillo y el Franciscoantoniozea, cuando, cerca de la

choza, se armó una pedrea más intensa que la del día en que le robaron la presidencia a Rojaspinilla.

Nos enfrentamos a la policía, que empezó a tirar bombas lacrimógenas, a aporrear con bolillos a los muchachos y a perseguir a todo el mundo, manada de maricas, güevones que no estudian nada, los vamos a capar, gritaban los tombos, a los que les respondíamos en rítmico coro policías sin batuta son los hijos de las putas. Nos empezaron a acorralar por El Calvario, y fue ahí cuando me escabullí, atravesé por entre un piquete de ellos, y corrí hacia la casa de Verania, a unas diez cuadras. Llegué con la lengua afuera, la camisa mojada, los ojos llorosos, “a buen puerto llegó”, fue su recibimiento. “Sabía que no me olvidaría”, agregó y soltó su carcajada contagiosa envuelta en nicotina.

Bueno y qué es lo que te ha pasado —cambiaba del ustededo al tuteo, cuando estaba contenta— que llegás resoplando y con cara de haber visto un espanto, cuál espanto ni que nada, tía, son los policías que nos persiguen a los estudiantes y en cambio les da miedo parar a los delincuentes, que así es todo en este país, oye, Pachito, te estás volviendo como comunista, tené cuidado, que eso no es bueno, ah, no, cuál comunista, simplemente veo que hay que pelear contra la injusticia.

Me parece que aquéllas fueron mis primeras palabras de inconformidad social, las primeras que intercambié con ella, que me miraba como tratando de penetrarme, de ahondar para saber si era yo su sobrino, o si era un impostor, no entendía qué era lo que estaba pasando en mí, ni riesgos éste no puede ser Pachito, que era tan dulce, tan cariñoso, que no se metía en nada malo, en revueltas, y siempre estaba visitándome, ah, oíste, eso es lo que estás aprendiendo en el estudio, vaya, así no vale la pena estudiar, para

ponerte a tirar piedra y a correrles a los policías, y de pronto volvía a soltar su risotada, a mirarme con ternura, vení tomemos tinto, pero a lo mejor vos con este calor lo que querrás es una limonada fría.

Entonces me empezaba a contar de sus días, de que ya no era como antes, cuando iba tanta gente a hacerse leer el futuro, que no sé qué voy a hacer con esta situación, mirá que estaba recogiendo para la casita, pero todo hay que gastarlo en comida y alquiler, ah, por eso tía es que estamos protestando, para ver si algún día todos podemos vivir bien, tal como dice don Alirio, el mundo está lleno de injusticia y desigualdad, qué cuentos de don Alirio, ése es el que te está llenando la cabeza de cucarachas, voy a hablar con tu mamá para que te cambie de colegio, ah, no, es que no es por lo que nos dice el profesor, sino por todo lo que uno va viendo, mirá no más los ranchos que hay en las orillas de La García, eso no se había visto nunca, hay tanta pobreza, tía, que ya no podemos permanecer callados, y eso no se soluciona con leídas de cigarrillo o de mano o de asientos de chocolate, tía, ni con que vos te consigás un novio que te sostenga, porque es que el problema no es individual, ah, Pachito estás mejor dicho hablando muchas güevonadas, qué pereza con vos.

No, no, tía, no es eso. El mundo está cambiando, ya ves Cuba, ya ves Rusia, y China, y Vietnam, mirá que vos como no leés sino Selecciones, pues no te enterás de nada, que debías botar todas esas revistuchas, ¿ah, sí?, pero en esas fue que vos aprendiste a leer, aquí, en otro tiempo, no leías sino eso, o es que no te acordás y ¿entonces?, por lo demás, en Cuba no hacen sino filas para seguir aguantando hambre...

Y así, entre más discutíamos, más interesante se hacía permanecer en su casa, ya no tanto por las magias y los vasos en los que había visto un mundo de asombro y fantasía, un mundo que nunca comprendí del todo, y que ahora veo como una de las más bellas y extrañas experiencias, sino porque había una confrontación en la que ella afinaba sus principios y yo los míos, o lo que yo creía que eran los principios, y porque de ese modo, creo, el café nos sabía mejor a los dos.

## Trece

Verania consiguió trabajo en una fábrica de ollas de aluminio, y casi todos los días iba a almorzar a mi casa, en un barrio de una sola calle, al que habíamos llegado después de trasegar por Manchester, Prado, El Congolo, El Carmelo, Santana y El Rosario. No tenía nombre, y casi todos la llamaban la calle del Matadero, porque, en otro tiempo, tuvo como vecino el sacrificadero de reses y marranos, donde las señoras hacían fila para pedir sangre, porque, oígase pues, que esa sangre sirve para hacer crecer los niños, volverlos rozagantes, de cachetes colorados, acabarles el raquitismo, tantas cosas se decían sobre las sangres de novillos y cerdos, y bueno, las colas eran notorias los martes y los viernes. Verania, todavía habitante de Nazaret, ya vivía con Gilberto, y el sueño de uno y otro era compartido: tener casa propia.

La casa, la nuestra, tenía una particularidad: Estaba llena de moscas. Salían no se sabe de dónde, mamá prendía velas, quemaba romero y eucalipto, colgaba ramas de ruda, fumigaba, pero era inútil, las moscas eran eternas, y a la hora del almuerzo su número aumentaba, se posaban en la mesa, sin importarles los trapazos que les lanzábamos, revoloteaban, zumbaban casi hasta volvemos locos, malditas moscas, gritaba mamá con tono resignado e impotente. Verania las miraba con asco, esperáte que ya les va a llegar la hora, decía, mientras cerraba los ojos, movía los labios, y de pronto, sin saberse por qué, las moscas salían hacia el patio, revoloteaban en redondo y nos dejaban comer en paz. Pero al día siguiente volvían, y cuando Verania no estaba todo era un infierno, porque nada les valía, que esto parece un pecado mortal, decía

mamá. Que ni que hubiéramos matado una monja, o asado vivo a un cura.

—Má, qué cura ni qué monjas, es que la sangre de las vacas y los cerdos no se ha secado, después de tantos años. Eso es lo que pasa.

A veces, Verania llegaba con Gilberto, traían menudencias de res, las freían en casa, y ni siquiera ese olor a carne hacía que las moscas lucharan con más denuedo para quedarse adentro, porque, era infalible, la tía se concentraba, pronunciaba quién sabe qué oración y las moscas tenían que quedarse en el patio. Nunca nos contó, pese a las insistencias, qué era lo que ella rezaba, o murmuraba, o a qué demonios invocaba. Sin embargo, yo trataba de provocarla: qué va, pura superchería, por qué no sos capaz de desterrarlas del todo, ah, y entonces por qué no lo hacés vos con tu comunismo, que ya ni creés en Dios ni en nada, y Gilberto decía, no discutan por eso, que lo bueno es que ella sí ha sido capaz de sacarlas, aunque sea por un rato, y vos debés agradecerle, hombre. Después, reíamos todos, saboreábamos con dicha la comida, y Verania empezaba a conversar sobre los ahorros que ya tenían para comprar una casa, que ahora sí la vida les sonreía, que iban a ver un solar por Bellavista, o que quizá iban a irse para Medellín, me gustaría vivir por Manrique, o por La América, o, mejor dicho, en cualquier parte con tal de que sea casa propia, porque eso de pagar alquiler no es negocio.

No recuerdo cuánto tiempo trabajó en la fábrica, pero sí que la botaron, la despidieron porque les pareció a los dueños (eso dijo ella) que era una mujer peligrosa, por estar adivinando suertes a las demás empleadas, y todo el día se mantiene en ésas, móntenle guardia, que es más lo que conversa y jode que lo que trabaja. Antes de que le dieran la carta increpó a un supervisor, le advirtió que era

un lambón y que algún día lo pondrían de paticas en la acera, y que ella no necesitaba estar ahí, en fin. Viste tía, le dije después, que los patrones no tienen consideración con nadie. “No te matés trabajando para desconocidos. No vale la pena”, me dijo, y la miré como si fuera una María Cano o una Betsabé Espinal, aquella líder obrera de la Fábrica de Tejidos de Bello, en los años veinte, que paralizó la factoría junto con todas las mujeres que en ella laboraban.

## Catorce

Un 31 de diciembre me fui a su casa, porque me había dicho Pachito, veníte para acá, que Gilberto no va a estar porque tiene que trabajar toda la noche, y bueno, te voy a acompañar le dije, vení que voy a tener uvas y voy a hacer la prueba del huevo, para ver cómo me irá el año próximo, ah, tía vos y tus creencias, cuándo es que vas a aprender que todos esos agüeros no son más que eso, agüeros inútiles, cuántas veces has dado la vuelta a la manzana con una maleta en la mano, y no has viajado a ninguna parte, cuántas veces has tirado papas debajo de tu cama, papas peladas, semipeladas y sin pelar, y me acuerdo que me contaste que una vez sacaste la que tenía toda la cáscara, que así voy a conseguir plata, y nada, tía, nada, nada, seguís tan pobre, o más que antes, no has podido conseguir para la casa, y continuás creyendo que con los calzones amarillos, las uvas verdes, las velas, los sahumerios, la vida va a cambiar, no tía, el cambio viene es con otras cosas, más de fondo, hay que revolucionar el país, y para eso no valen ni los naipes, ni las adivinaciones, ni las bolas de cristal, sino las armas, sí, tía, aquí todo el mundo se va armar para cambiar esta monotonía de unos arriba y otros abajo, ah, ahora sí estás bien comunista, y hasta ateo serás, qué vaina tan desconsoladora para tu mamá, pobrecita, tanto estudio que te patrocina para nada, para que te mantengás tirando piedra, y hablando de revoluciones, no, Pachito, mirá lo bruja que soy, y yo creo en Dios, él siempre proveerá. Pues, se está demorando mucho para proveerte, tía, que más bien vas a tener que salir a las calles a tirar piedra con nosotros. Soltó su carcajada descomunal y con ella me desarmó.

Esa noche, de todos modos, sacó las uvas, las puso en una canasta sobre la mesa del comedor, arregló con flores la cocina, preparó un

tarro para quemar el incienso y la mirra, y a la hora indicada en un vaso de agua echó un huevo, prendió velas y se adivinó ella misma su futuro: Pachito, Pachito, voy a tener casa, mirá la figura que está formando la clara, es una casa, una casa, por fin tendré mi rancho, me abrazó, me dio el feliz año en medio de las explosiones de júbilo y de pólvora de todos los barrios, cuando por todas partes se oía un disco archirrepetido cada treintaiuno, faltan cinco pa' las doce el año va a terminar me voy corriendo a mi casa a abrazar a mi mamá, y yo, claro, hice exactamente lo que decía la canción.

Y después de abrazar a mamá y desechar el felizaño, corrí por las calles, saludando a todo el mundo, mirando el cielo de globos y voladores, abrazando a todo el que se atravesaba en mi camino, buscando a las muchachas para estamparles un beso en la mejilla, sentir sus vibraciones, oler su aliento de vino barato. Después, volví donde Verania, ay, Pachito, siquiera volviste por las uvas y además para que me acompañés, que me pongo triste cada fin de año, no sé, le da a una la recordadera, se me vienen encima los viejos tiempos, aquellos diciembres de antes, la música con músicos de verdad, guitarras y tiples, y yo bailando que daba miedo, y todos querían sacarme, porque, sabés, tenía mis atractivos, que los años no vienen solos tal como dicen por ahí, pero, tía, si estás muy joven, y el tiempo es el mismo, hoy, ayer, mañana, todo es igual, mirá, prendamos el radio y bailemos una pieza, y los dos nos movíamos muy acompasados, para acá, para allá, ella riéndose, y yo riéndome, hasta cuando sin saberse por qué ella se puso a llorar.

## Quince

Por qué será que cuando la gente se muere uno empieza a repasarla, a buscar recuerdos, a revivirla a punta de memoria, no sé, a devolverse para ver si puede cambiar en algo el pasado, y eso es imposible, todo está hecho, no hay manera de modificar lo sucedido, para qué voy a lamentar que aquella madrugada de treintaiuno cuando ella empezó a llorar yo salí de su casa, la dejé sola, sin preguntarle por qué lloraba, sin despedirme, sin un abrazo de añonuevo, para qué preguntarme cómo fue que ella y Gilberto consiguieron, en efecto, una casa en Santodomingosavio, un barrio en una loma de Medellín, mucho tiempo después, cuando yo ya estaba en la universidad, cuando en realidad me había alejado de la tía, porque si bien en otro tiempo ella era todo el asombro del mundo, como un cine de diez y treinta de la mañana del domingo, se me había convertido en un ser vacío, una mujer sin futuro, un vegetal, una suerte de aprendiz de bruja sin poderes, que había extraviado su encanto, tal vez porque todo lo reducía a la tenencia de un rancho, o, Pachito querido, un sitio donde caer muerta, que era otra de sus frases célebres. De cualquier manera, fui a conocerle su casa, en la falda, un verdadero rancho desmirriado, que después, ella y él fueron transformando hasta convertirlo en una casa decente, de ladrillos y plancha, con piso de cemento, con paisajes en las paredes, y muy pocos santos, que ella de tantos trasteos los había ido regalando, hasta quedarse con dos o tres, un crucifijo de madera y un retrato de Gilberto y ella, abrazados, en una manga de quién sabe dónde. Todavía iban señoras a sentir la voz de Verania que les hablaba de su futuro y su pasado, que las contentaba o preocupaba según las visiones que de uno u otro tiempo ella tuviera en las cenizas y las cartas.

Ella me invitaba a almorzar, Pachito, venite cuando podás que alguna cosa hacemos, pero yo poco iba, porque era un barrio muy lejos de la universidad, pero, claro, de vez en cuando me le aparecía, para escucharle su a buen puerto llegaste, desgraciado, que no traés nada para acompañar el almuerzo, ni siquiera un aguacate, pues, no tía, es que no vengo a comer ni nada, sino a hablar con vos, quiero que me leás el cigarrillo, y su carcajada me precipitó en una especie de oscuridad, pero como así, si vos no sos creyente, sos un comunista, un estudiante de la universidad, de esos que cree saberlo todo, ah, pues vos con todo lo aprendido es que no sos capaz de ver tu futuro o qué; no tía, no es para que me leás el futuro, el mío, sino el del país, y entonces se rió con más vigor, estrepitosa, con su cuerpo temblando, pues vamos a mirar lo que dicen las cenizas, fumamos Pielroja, sacamos enormes bocanadas, y ella iba diciéndome con voz de desaliento, pues en verdad querido todo lo veo muy confuso, revueltas, pedreas, pobreza, incendios, nada bonito, no sé para que me ponés en éstas, que me gusta es ver futuros de una sola persona, pero no esto tan horrible, Pachito, y yo, pues no me digás más Pachito, que ya estoy muy crecido, decime Pacho a secas, que no estamos ya para diminutivos.

Por esos días eran comunes las movilizaciones estudiantiles, las asambleas de nunca acabar, los mítines, las consignas contra el “imperialismo yanqui” y a favor de Cuba, Vietnam, Camboya, y los gritos enardecidos antes de las elecciones de “no votar”, porque, se decía, un pueblo con hambre y sin educación y sin salud y sin trabajo, no vota se organiza y lucha, y otros aullaban que el pueblo unido jamás será vencido, crear uno, dos, tres, muchos vietnam, Che, Che, revolución. Una mezcla de voces y de sectas. A veces, desfilábamos con el coro muy fuerte de Pastrana asesino, asesino Pastrana, y sonaba bien, muy rítmico y pegajoso, todos marchando

hacia el centro de Medellín, para protestar por la muerte de algún estudiante en Cali, Bogotá, Barranquilla, y en una de esas peloteras era un estudiante de Medellín el que caía, como Fernando Barrientos, que lo mataron en la universidad y ese día hubo fuego, las llamas acabaron con un pabellón, el de la rectoría, el humo hacia el cielo, como una rara lluvia hacia arriba, y a Verania todo aquello le parecía una locura, cosas del fin del mundo, que no te metás Pacho en esos líos que te pueden matar o dejar lisiado, qué va, tía, si es que antes vos tenés que apoyarnos, te invito a una manifestación o al menos a que la veás de cerca, ni riesgos, mijo, eso es perder el tiempo y de pronto, hasta la vida.

## Dieciséis

Casi todos los días había manifestación. Porque sí o porque no. Porque la consigna era luchar por una educación nacional, científica y de masas, según los maoístas; o por la revolución permanente, según los trotskistas; o porque había que apoyar a los obreros de la caña de azúcar, a los de los ingenios del Valledelcauca, a los de los cultivadores de palma, a los de Coltejer, a los de Fabricato, o al proletariado internacional, al partido socialista de Portugal, o las luchas de liberación nacional de África y América Latina. O para rechazar la visita de Kissinger, o la de algún enviado del Banco Mundial. Y todos nos polarizábamos, unos con la línea Pekín, otros con Moscú, otros con el Partido del Trabajo de Albania, y unos poquitos nos dedicábamos a pregonar que no se necesitaba ningún partido del proletariado, hay que suprimir el Estado y todas las formas de dominación, y para ello se preparaban cocteles molotov para arrojarle a la policía, para quemar un carro oficial, para sentir tal vez que éramos jóvenes y bellos y revoltosos que teníamos un sueño, el de cambiarlo todo, el de destruirlo todo. Pintábamos las paredes de la universidad, con consignas rojas que evocaban el mayo francés, ya muy lejano, aquello de la imaginación al poder, y nos oponíamos a todo el poder a los soviets. Después del poder seguiremos luchando contra el poder. Sin embargo, a unos y otros, tan disímiles, nos unía la marcha.

Aquella tarde el desfile era compacto y masivo. Se unificaron consignas y a lo mejor los que escuchaban desde afuera aquel maremágnum de voces nada entendían, todos los gritos se enredaban, se revolvían, se cambiaban de una garganta a otra, y mientras los de adelante despoticaban contra el imperialismo, los

de más atrás lo hacían contra los izquierdistas que participaban en elecciones y éstos, a su vez, contra los infantilistas de izquierda. Pero todos marchaban. Porque había que demostrar la fuerza del estudiantado, las energías de la juventud, la mentalidad crítica de los universitarios. ¡El pueblo unido jamás será vencido!

La primera molotov se estrelló contra una volqueta municipal, y luego otra y otra, hasta que el vehículo ardió, el chofer había salido corriendo, y el entusiasmo colectivo se volvió pura algarabía. La manifestación, sin embargo, no perdió la compostura. Siguió avanzando hacia el centro de la ciudad, como un río de lava. Unas cuadras después apareció el primer carro antimotines, al cual le cayó un aguacero de bombas incendiarias y piedras. Nadie supo nunca de dónde salían tantas piedras. Los policías retrocedieron y se metieron por otra calle, para evadir la masa y preparar otro ataque. Yo iba en la parte media, en lo que había calculado como un buen punto para retroceder, en caso de necesidad, o de avanzar, si fuera imprescindible. Llevaba una mochila de lona, con piedras y una botella de gasolina. En un momento recordé la advertencia de la tía, no te metás en problemas, Pachito, pero la deseché muy rápido, cuando sonaron las primeras descargas de fusil. La manifestación se abrió como un abanico, unos tomaron por ciertas calles, otros por otras, unos caían, otros se devolvían. Se oyeron más tiros. “¡Es el ejército, es el ejército!”, gritaron. Se me deslizó la mochila y vi a un muchacho tirado en el piso, bocarriba, con el pecho sangrando. Hubo más disparos. Corré a lo que más pude, hacia la universidad. A pocas cuadras de ahí, los antimotines nos cerraron el paso. La única manera de seguir era enfrentarse a ellos, no te metás en esos líos, Pachito, pero ya estaba adentro y me escabullía, evitaba los bolillazos, no te metás que podés perder la vida y no vale la pena, que sí tía sí vale la pena, y de pronto un

policía al frente, mirándome fijo, con odio, lo miré con rabia, se me vino a la mente el corito que pronunciábamos casi todos los días, policías y soldados son los hijos de los cabos, policías y reclutas son los hijos de las putas, y lo derribé, no sé cómo, pero el hombre quedó en el suelo, mientras yo ya estaba muy lejos de su alcance. Muy cerca de una de las porterías, los antimotines lanzaban bombas lacrimógenas, algunos estudiantes las devolvían en un acto temerario, humo, gritos, hijueputazos, explosiones, lágrimas, pañuelos mojados en la nariz. “Me salvé esta vez”, dije cuando traspasé las puertas de la universidad. Al rato, recibimos la mala noticia. ¡Mataron un compañero!

Al día siguiente, éramos más, muchos más, los que gritábamos, en un coro de dolor y desafío: “¡compañero Elkin Córdoba, presente, presente, presente!” y “¡Abajo el gobierno asesino de Lopézmichelsen!”.

## Diecisiete

Mirá, hombre, Pacho, no te metás más en esos movimientos, mijo, que te lo digo, no te conviene, mirá como matan estudiantes, creo que es mejor dedicarse a Dios, buscar el perdón, ya yo estoy dedicada a la Biblia, porque estos tiempos parecen del fin del mundo, y vos ahí, tirando piedra, perdiendo el tiempo, gritando bobadas, saliendo en marchas peligrosas, no hagás más eso, mirá como se preocupa tu mamá, aquí viene a contarme que llegás tarde, que ya no te mantenés en casa, acompaña más, hombre, que ella no puede estar viniendo aquí ni yo yendo allá todos los días, porque estoy con Gilberto, y ya no es lo mismo, él trabaja y quiere tener todo cuando llega, buena comida, buena cama, descanso, quiere conversar conmigo, y por eso ya casi ni leo suertes, no sé, todo está tan distinto, en todo caso no te metás más en problemas, si no hay clases, si están en paro, pues venite para acá y aquí conversamos, vos sabés que siempre éste es un buen puerto, que si sólo hay aguapanela, eso tomamos.

Tenía una Biblia sobre el nochero, y sentada en la cama me arrojaba su cantaleta, su mirada de ruego, y yo apenas la escuchaba, y después arremetía, qué va tía, eso no es así, es si no que te fijés cómo está el mundo, lleno de desigualdades, y de guerras, y de masacres, mirá lo que pasa en Chile, en Argentina, en Uruguay, represión contra la gente, contra los trabajadores, por eso también protestamos nosotros, no sólo por lo que nos sucede aquí, sino por todo, por los presos políticos, por los trabajadores que quedan sin trabajo, por los explotados, y los muertos, y los vivos, tía, no es tan fácil retirarse, quedarse quieto, no podemos intimidarnos por los que caen, porque vendrán otros y otros, y el mundo no se cambia

con magia, ni con rezos, o como dice una canción de Alí Primera, no basta rezar, hacen falta muchas cosas para conseguir la paz, tía, y se la iba cantando con vigor y ella mirándome con ojos entre burlones y regañadores.

Qué canción ni que dos cuartos, Pachito, qué cuentos, nosotros nacimos pobres y así nos vamos a morir, no hay más esperanza que la del otro mundo, que te lo digo yo que sé de futuros, que todo lo veo y lo presiento, y por eso te digo, no te metás más en esos peligros que aquí le disparan a cualquiera y ustedes tan loquitos lo que están es cambiando piedras por balas, y eso es un mal negocio, te digo: no está el palo pa'cucharas.

Ah, claro, pero no estamos por negociar, sino por advertir, por denunciar, si no lo hacemos nosotros, quién entonces.

Cristo bendito, vos si sos muy terco, desde chiquito pintabas para cabeciduro, me hiciste acordar de cuando pusiste a todo el barrio a correr tras de vos, que no fuiste a la escuela, y te volaste a robar mangos con unos amigotes, y le quebraste a uno la cabeza, por tirarles piedras a los mangos, se la rompiste a él, qué fregado que eras, y ese muchacho casi se muere, a tu casa llegaron sus papás, a poner la queja, que nos tienen que pagar la clínica, y tu mamá, claro, y dónde está Pachito, y vos huyendo por los cañaldulzales de Potrerito, ¿te acordás? y todos detrás de vos, y yo te seguía por el olor, el olor del miedo, no sé por qué más cosas, sabía por dónde te habías metido, por allá va, gritaba yo, y todos te llamaban, Pachito, Pachito, vení que no te van a hacer nada, no te van a meter a la cárcel, no te van a pegar, y vos te escurrías, se oían los pasos quebrando hojas secas, por allá va, por allá va, pero eras muy rápido, y yo gritándote no te quedés por ahí que te va a coger la noche y será peor, pero nada, no te dejaste pescar. Apareciste a

medianoche, cuando el barrio dormía y tu mamá lloraba y yo miraba en un vaso de bruja como te habías quedado en un corredor de una casa cercana, hasta cuando el frío te mandó a dormir a casa...

Soltó una carcajada y yo la imité, después tomamos café, escuchamos noticias, me pidió que le leyera, en voz alta, un salmo, porque eso te va a ayudar a protegerte de los enemigos, Pachito, aunque vos no creás en nada, el que habita al amparo del Altísimo y mora a la sombra del Todopoderoso, diga a Dios: “Tú eres mi refugio y mi ciudadela, mi Dios en quien confío...”, ah, Pachito como leés de bonito, que mejor hubieras estudiado para cura, ja, ja, ja, ya está bueno, tía, calláte o no te leo más.

## Dieciocho

Los muros de la ciudad se llenaron de enardecididas palabras: “Abajo el gobierno de hambre, demagogia y represión de López Michelsen”, “Viva el paro cívico nacional”, “Solidaridad con los sectores en conflicto”, “Todos a la calle el 14 de septiembre”, mientras en la universidad se cocinaban nuevas demostraciones, en el teatro Camilo Torres una imagen gigante del Che Guevara parecía observar cada uno de los movimientos y escuchar todos los discursos que alborotaban al Alma Mater, que el paro cívico nacional sirva a los intereses revolucionarios, porque de lo que se trata es de concientizar a las masas populares para que jueguen un papel contra el Estado y por un nuevo sistema de vida, por una revolución popular, por una revolución de nueva democracia, contra la coyunda imperialista, hay que salir a las calles para expresar el descontento contra el gobierno, contra las alzas y la entrega de las riquezas nacionales a los extranjeros, este paro cívico nacional no puede servir a los reformistas, sino a la revolución, compañeros, nosotros, los estudiantes, tenemos que desempeñar un rol revolucionario, estamos llamados a participar en las lizas del pueblo contra sus opresores, y así, discurso tras discurso, una, dos, tres, mil asambleas estudiantiles, maratones de palabras, cartel y pancarta, el estilo cliché, mientras arriba a la efígie del Che le brillaba en la frente una fulgurante estrella de cinco puntas.

El estrépito crecía no sólo en las aulas sino en los barrios, los sindicatos, las fábricas. En Santodomingosavio, aparecieron las mismas consignas, paredes pintadas, y en el puente de Carevieja, mijo, hubo una pelotera anoche, parece que mataron a un muchacho, no se sabe por qué, así es todo aquí, y ahora con ese

paro cívico, esto se está poniendo cada vez más peligroso, que no te quedés en la universidad, y ella siempre con sus estribillos cada vez que yo iba a buscar comida, ni siquiera ya me recibía con su frase de combate, sino con palabras que intentaban convencerme de que no más pedreas ni participaciones, no, Pacho, no mortifiques más a tu mamá ni a tu tía, que estamos cansadas de decírtelo, ella vino ayer, y me contó todo, que vos ya no parás en casa, que te perdés dos y tres días seguidos, que te mantenés con gente muy rara, que llevás panfletos y volantes y no sé qué otras pendejadas a guardarlos allá, y un día de estos van a allanar tu casa y van a detener a tu mamá, que no se mete en nada, alma de Dios, alma bendita, por culpa tuya, aquí en todo caso no me vas a traer esos papeluchos, vení cuando querás pero eso sí sin boletines ni nada. No quiero problemas.

Ya me lo habían advertido algunos compañeros, no peliés con tu tía ni con tu familia, que eso es mal negocio, seguiles la corriente, para que te apoyen, por lo menos en la manutención, que no es fácil eso de estudiar y trabajar, no te pongás a discutir de política en casa, y así estaba yo, oyendo a la tía, con sus discursos que no sé por qué se me estaban pareciendo a los que pronunciaban algunos muchachos en la universidad, tal vez por su tono, como de regaño, o como de cura, o no sé qué, y oyéndola a ella me desternillaba de risa, tía, que está bien, parecés una militante eme-ele, sí, M-L, tan dogmática, puro catecismo, mejor dicho, que ni el padre Astete, ja, ja, servime más bien el almuerzo que me devuelvo para la universidad, y estás tranquila nada me pasará.

—Oíme, Pacho, te sirvo el almuerzo, pero si me explicás qué es esa pendejada de militante eme-ele.

## Diecinueve

Septiembre era un reverbero. En la universidad sólo se hablaba del paro cívico nacional, de que había que participar en las movilizaciones contra el gobierno, de estar del lado de los obreros, y los obreros de los campesinos, y los campesinos de los estudiantes. Todos, precisamente, estaban unidos. Las centrales obreras, las de derecha e izquierda, habían dado la orden de parar el 14 de septiembre, oíste, Pacho, cómo está todo de peligroso, anoche estallaron unas bombas en el centro y por aquí se escucharon tropeles, no sé qué es lo que está pasando, pero es muy grave, te lo advierto otra vez que no sigás en esos movimientos, hombre, ponete a estudiar, no perdás tanto tiempo, eh, tía, pero ni mamá me regaña tanto como vos, dedicáte más bien a tus cigarrillos y cartas, o a contemplar a tu marido, no lo descuidés que ya se mantiene más en Guayaco que en tu casa. Ah, y a vos qué te importa dónde se mantiene Gilberto, eso es problema suyo, metido, soperó, claro, ahí sí te ponés brava, pero yo tengo que aceptar tus cantaletas, tía, no, qué va, salí el catorce con tu mal genio a tirar puntillas en las calles.

En efecto, el marido de Verania cuando salía de su trabajo, se iba a Guayaquil, a jugar billar, “a comer marrano”, como decía, a tomar cerveza y echarles piropos a las coperas, algunas de ellas vivían en Santodomingosavio, y ya le habían pasado la historia a la tía, que, sin embargo, pocas bolas les paraba, mujeres envidiosas, que lo único que quieren es acostarse con mi hombre, pero yo lo tengo controlado, carajo. Lo tengo rezado.

La canción del paro se iba regando por todas partes, era una canción de muchas voces, que iba creciendo, se cantaba en las

calles, en los colegios, en los barrios, en la universidad, en las fábricas, una canción que todos tocaban y cantaban, todos la sabían y nadie desafinaba, no aguantamos más esto, hay que pelear, hay que salir a protestar, y la canción no paraba, a ella se sumaban todos los días más cantores, hay que hacer barricadas, tirar vidrio en las autopistas, arrojar tachuelas, y las voces bajaban, hasta volverse susurro, un cuchicheo que iba casi a ras del suelo, por las alcantarillas, por las ventanillas de los buses, por los puentes y parqueaderos, volaba en octavillas que se repartían en las puertas de las fábricas, en las aulas de clase, en los terminales de buses, era una canción inexplicable, y aun Verania la estaba cantando, increíble, ella que nunca cantaba, porque de pronto se vio metida, sin saber cómo, en ese remolino, todos en el barrio hablando del paro, y ella, bueno, algo tendré que hacer, aunque sea asomarme por la ventana a ver parar a todo el mundo, ja, ja, ja.

Septiembre se pobló de voces, las paredes hablaron de parar, parar, parar, no había otro tema más poderoso, ni el fútbol, ni el ciclismo, nada podía contra todas las palabras, polifonía de la rebelión: estamos en el paraíso de la usura, el país está en bancarrota, quieren acabar con la industria, no más impuestos, no más salarios miserables, a la carga, a la carga, se escuchaba, como en 1948, no pasarán los imperialistas, digamos basta al mandato de hambre de López michelsen, el estremecimiento era general.

Cómo irá a ser el paro, qué irá a pasar, la canción se preguntaba, y volvía a tomar fuerza, cuando desfilaban los estudiantes, ah, y entonces se le agregaba una canción de Violetaparra, me gustan los estudiantes que rugen como los vientos... Septiembre se aferraba al uniforme azul celeste de las muchachas del Cefa, y al azul oscuro de las señoritas de La Presentación, y hervía en los ventorrillos del Pedrero, en Guayaquil, con olor a tomate y zanahoria y a pantano

y a sudor, y se volvía humo en las chimeneas de Coltejer y Fabricato, y grito multitudinario en la Universidad de Antioquia,  
¡apoyemos el paro cívico nacional!

## Veinte

Se me vienen a montones los recuerdos, revueltos, como una vorágine, la tía y la revolución, la universidad y los paros, y qué tanto tendría que ver Verania con esa energía de nosotros cuando jóvenes, cuando irreverentes, cuando éramos más grito que estatura, más pregunta que respuesta, no sé, tal vez todo es la vida y la muerte, juntas, o será porque ya no está su puerto, que era un poco el café caliente, un poco su magia, otro tanto su gusto por tenerme cerca, aunque uno no pudiera llevar siquiera un aguacate, porque, claro, escasamente tenía para el pasaje, para subir en bus destartalado hasta la cumbre de la montaña, muy arriba, casi en las nubes, donde estaba Santodomingosavio, donde debe de estar todavía, tal vez más poblado.

Esta mezcla de recuerdos sucede, quizá, cuando se muere alguien al que uno quiere, pasa con nuestros primeros muertos, que tal vez, después, uno se acostumbre, o no, no hay por qué acostumbrarse a la muerte. Una remota memoria me viene ahora como una resurrección, cuando un pelado de la cuadra, Bernardito, murió por los golpes contundentes que le propinó otro chico. Lo mató a garrotazos, y no sé si el otro tenía tanta fuerza como para matarlo así, y tanta saña, y tanta maldad, o si se trató de un juego mortal, el uno guiado por el diablo, nunca lo supe, sólo conservo esa imagen, frente a un ataúd blanco, abierto, todos los muchachos alrededor, mirando a Bernardito, los ojos morados, la expresión fría, distante, sin dolor alguno, sin gestos de horror, todo él tranquilo, ido, y nosotros muy curiosos, ve, parece dormido, Bernardito despertó despertó, abrió los ojos que vamos a jugar coclí coclí, no te quedés ahí acostado, esta noche todos jugaremos en tu honor, vení vení,

vamos pues que a todos nos dejarán salir a la calle, no sé a qué horas lo enterraron, cuándo vinieron por él para llevarlo al cementerio, no sé, pero sí recuerdo un cristo en su cabecera, los velones encendidos, unas señoras llorando, y nosotros alrededor, invitando al muerto a levantarse. Aquél pudo haber sido el primer muerto que yo vi.

El segundo, me parece, fue un señor muy viejo, metido en una caja oscura, otro cristo en la cabecera, los cirios prendidos, la gente conversando en voz baja, y alrededor un olor a flores y a café caliente, Verania y mamá me habían llevado al velorio, y todos los que allí estaban eran adultos, y a los adultos uno los veía muy viejos, señoras de negro, hombres de corbata, apretujándose en la sala y los cuartos, el calor regado por todos lados, y yo viendo la cara serena del muerto, esperando a que abriera los ojos, a que me hiciera una señal, que se manifestara, pero nada, más tieso se iba poniendo y su cara era cada vez más pálida, brille para siempre la luz perpetua, ánimas del purgatorio quién las pudiera aliviar, y un coro desganado iba respondiendo que Dios las saque de penas y las lleve a descansar.

Bueno, tal vez sea una condición de los vivos hacer el balance de sus muertos, o de los cadáveres que se han visto durante la existencia, como una manera de exorcizar la muerte y sus temores. Que los otros muertos que después vi ya estaban en calavera, osamentas esparcidas en el cementerio abandonado de Nazaret, al que íbamos a jugar chucha, escondite y guerralibertada, a saltar por las bóvedas, a tumbar las cruces que todavía se sostenían en la tierra, a acostarnos en las fosas como si se tratara de una contra, un conjuro, así nunca moriremos, porque nosotros estamos hechos para la vida, no sé si ese era el razonamiento, pero algo así se daba en aquellos juegos, por eso mirábamos sin angustia los pedazos de

hueso, las fosas comunes abiertas, las lápidas desmoronadas, los nombres borrados, el olvido.

A veces nos colábamos en la noche para proseguir los juegos o esperar a que los muertos se levantaran de sus tumbas y se unieran a las correndillas eternas. La muerte poco significaba, no nos conmovía ni atemorizaba, era un estado de ausencia y de silencio y no más, pero los esperábamos, y los llamábamos: bueno, muertos, salgan, vuelvan, no pierdan el tiempo por allá, y nada, entonces teníamos que correr y correr, escondernos detrás de los árboles, intentar asustarnos entre sí, y morirnos de la risa, por eso creo que éramos la alegría del cementerio viejo y es probable que los muertos también se rieran de vernos deambular por ese espacio tenebroso y triste.

Verania, que no sé cómo se dio cuenta de ello, me dijo una vez no vas más a Nazaret porque podés infectarte, que muchos de esos muertos murieron tal vez de enfermedades raras, no es bueno estar en cementerios, no es saludable, los muertos no necesitan visitas y hay que dejarlos tranquilos, no molesten tanto, o los voy a espantar, les hago aparecer un bulto, y bueno, ya verán, y ahí soltaba su infaltable carcajada.

Cuando les comenté a los otros, mi tía nos va a espantar si seguimos yendo a Nazaret, pues también se rieron, qué bueno sería, eso es lo que hemos estado buscando hace rato, espantos, y nada que los vemos, pues bienvenidos serán, así que decile a tu tía que manos a la obra. Nunca los envió. Creo que los pelados se sintieron decepcionados, y quizá yo también.

## Veintiuno

El catorce de septiembre, desde antes de salir el sol, las ventanas se abrieron para mirar el paro. Las vecinas se asomaban para ver cómo era un paro cívico nacional. Las calles de la madrugada sin estudiantes, sin trabajadores, sin las bicicletas de los obreros. En la autopista, la noche había depositado ya su carga de vidrios rotos, puntillas retorcidas, grapas, persecuciones policiacas a los primeros agitadores. Había trincheras en algunas partes, consistentes en canecas y bultos de arena, puestos por la policía. En algunas casas se habían reunido, la víspera, activistas universitarios para preparar la protesta, fabricar bombas molotov, determinar las rutas para tirar tachuelas. Algunos, también por la noche, pintaron consignas antigubernamentales en los muros.

Salí, como a las ocho, a recorrer las calles, a sentir de cerca el paro, no había a esa hora muchos carros transitando por la autopista, pocos eran los caminantes, pero, después, eran más las gentes por los barrios, más las voces, la canción del paro comenzó a sonar, al principio, muy suave, luego fue creciendo, hasta convertirse en un trueno, un rugido, una tormenta humana. Los primeros manifestantes cruzaron por el parque, rumbo a la choza de Marcofidel, gritando contra el gobierno. Se concentraron al frente del monumento y la muchedumbre aumentó, los que escuchaban radio decían que en Medellín todo estaba paralizado, nadie había ido a trabajar ni a estudiar, no había transporte público, y por eso la canción subía de volumen, era una canción de guerra, cantada por obreros, estudiantes, vagos, amas de casa, no resistimos más tantas miserias, no aguantamos más el atropello, las voces diversas se unían para decir aquí estamos, contra la carestía, y bueno, una

rara alegría sentía uno al escucharlas, al ver desfilar la gente, decidida, sin atemorizarse de los piquetes policiales desplegados alrededor de la choza. Seguí a la muchedumbre, sin mezclarme en su marcha, desde un lado, para tener más perspectiva de sus caras de sudor, curtidas, de sus bocas abriéndose en grito, de su desafío al estado de sitio, hasta cuando comenzaron las primeras arremetidas de los uniformados, y el aire se llenó de piedras voladoras, y la masa, disgregada, corrió por calles distintas, y se escucharon explosiones, la desbandada aumentó, y bueno, yo también corría sin saber hacia dónde, buscando un lugar para guarecerme, o tal vez para seguir teniendo una buena vista de lo que estaba pasando, y mientras lo hacía, las palabras de Verania llegaban a mi cabeza, retiráte de esos movimientos, que es peligroso, palabras de pura mamá, palabras protectoras, Pachito, no sigás metido en revoluciones, que nada bueno dejan, cuál Pachito ni que nada, tía, dejame ser así, que yo no me inmiscuyo en tus magias ni en nada de lo que hacés, ya lo sabés, ya estoy crecidito.

De pronto, estaba ya muy lejos de la tremolina, anduve por todos los barrios, descontrolado, buscando no sé qué paisajes, tal vez a la caza de alguna aventura, que de todos modos la jornada se prestaba para emociones fuertes. En las esquinas veía grupos de muchachos, a la expectativa, señoras en las ventanas, muchachas agazapadas, y de la nada parecía brotar el alarido de abajo el grito de hambre de Lópezmichelsen, un grupo apareció, banderas rojas en alto, a la carrera, qué raro banderas en un paro, pensé y me dieron ganas de unirme, de juntar mi voz al coro, pero los dejé pasar, irse, hasta diluirse su agitación, creo recordar que seguí hacia la autopista, atraído por el humo, por columnas de humo oscuro, habían quemado un camión junto a la clínica del Seguro Social, y cuando

me arrimé ya estaban llegando los bomberos, y muchos curiosos que después corrieron cuando el ejército apareció con su carga de botas y fusiles. No me quedé para averiguar que seguía, atravesé una larga calle, hacia la estación del ferrocarril, con su viejo olor a aceite, y fue ahí cuando la imagen de Verania volvió a surgir entre flores, junto al puente de hierro, sobre la quebrada La García, con una música de campana lejana... sabés qué, Pachito, subite al tren sentí el pito y el viento, que no hay como montar en ferrocarril, mijo, si yo he viajado tanto a Puertoberrió y Cisneros, cuando íbamos a los charcos, a Barbosa, al Limón y Santiago, iba con tu mamá y con amigas, qué tiempos aquellos, era todo tan distinto, una asomando la cabeza por la ventanilla, el viento contra la cara, el pelo suelto, mirando pasar montañas, mirando las curvas del río, el cielo a veces cerca, a veces más lejos, montáte al tren, Pachito, no perdás la ocasión, sentí la velocidad, las ruedas contra la vía, *cha-ca-chá*, hay siempre una música que suena cuando se viaja en tren, es una delicia, tenés que montar, y mientras la voz de Verania se pegaba a mis oídos, escuché disparos más bien cercanos, aullidos, correndillas desbocadas, el paro cívico estaba hirviendo. Me vi montado en un tren de carga, el vagón vacío, las puertas abiertas, con Chucho y el Gordo y Chinga y Fito, las risas de todos envolviéndonos, que vamos a conocer el túnel de La Quiebra, cuando pasemos por ahí hay que cerrar los ojos para poder ver los muertos, que eso dice mi tía Verania, cerrá los ojos, Pachito, para que veás lo que otros no ven. Vamos a ver todos los muertos, los que construyeron esta vía, los que quedaron enterrados bajo los escombros, y en efecto, al pasar por La Quiebra, todos con los ojos cerrados, escuchando caer el agua sobre el techo del vagón, huy, qué rico es montar en tren, *cha-ca-chá*, *cha-ca-chá*: “A Lisboa en tren de lujo yo viajaba...”

Los disparos se oyeron más cerca. Había un sol ardiente que sacaba chispas a los trenes detenidos en el taller del ferrocarril. Llegué a la carrilera y comencé a correr, a saltos en cada durmiente, mirando el balasto fragmentado, el brillo candente de los rieles, mis tenis sudados, sintiendo la presión de las piedras en los pies. Atravesé el puente sobre la quebrada, y fue entonces cuando supe que me perseguían, se oían voces, alto hijueputa o te matamos, alto, y la imagen de Verania, no mijito, no sigás en eso, que serán muchos los muertos, alto, y yo nada, cuál alto ni qué nada y aceleraba, el sudor chorreando, la camisa empapada, los pies ágiles, en un ir cada vez más rápido, un lejano estruendo, hasta cuando ya no escuché ninguna orden de parar, el sol calcinándome, el corazón queriendo desprenderse... La callecita del Matadero estaba desolada, no sé si desde alguna ventana me vieron, pero llegué a casa, con la respiración en crisis y tal vez los ojos como de loco, porque mamá preguntaba a los gritos qué te pasó, Pacho, si parece que hubieras visto algún espanto o qué, qué te pasó mijito, si es que no debés salir hoy, creo que ya van varios muertos por el paro o eso es lo que dice la radio. ¿Qué te pasó?

Por la noche, las noticias hablaban sin ponerse de acuerdo de algunos muertos y heridos, de centenares de detenidos, y el presidente salió en televisión con una voz temblorosa, mostrando en sus manos puntillas y tachuelas, con esto era que querían tumbar al gobierno, el orden público queridos compatriotas está controlado, pero, en verdad, nada estaba controlado, porque toda la noche se escucharon tropeles y disparos, gritos y quebrazones, y al amanecer la gente renovó sus fuerzas y volvió a las calles, erigió barricadas, tornó con su coro de abajo el gobierno de hambre demagogia y represión, incendió carros, se enfrentó a la policía y al ejército, que disparó y disparó, y por eso murieron unos en Castilla,

otros en el Pedregal, y en el Salvador, y en Belén, y en Bello e Itagüí, pero casi todos los muertos los puso Bogotá.

## Veintidós

No sé al cuánto tiempo después volví a visitarla, quizá a los dos meses, el caso es que ya ninguno de los dos hablamos del paro cívico, o porque lo habíamos olvidado, o porque ni a ella ni a mí nos interesaba ya hablar de los muertos, o porque había otras cosas más cercanas, como que ella y su marido estaban muy aburridos en el barrio, porque se ha vuelto demasiado peligroso, ya no se puede salir de noche, esto se llenó de malandrines, y el miedo que me da es que Gilberto se queda hasta muy tarde en la calle, y ya pusimos en venta la casita, pero todo es tan difícil, quién nos va a comprar por aquí, si es que por aquí no se compra sino que se invade.

La miré con tristeza y le noté las arrugas al lado de su boca, otras que atravesaban su frente, los ojos cansados, vencida, ya no era la misma Verania de otro tiempo, con su energía a flor de piel y su voz recia al decirme a buen puerto llegó, ni la que invitaba con su voz contenta vení tomémonos un tintico, no, era otra mujer, como ida, no quiero vivir más por aquí, aunque sea vamos a alquilar este rancho y conseguir en otra parte más vivible, mirá pues que toda la vida quise tener casa propia y ahora, cuando la tengo, pues el barrio se empieza a descomponer, que una es muy de malas, ya no volvió casi gente a las lecturas mágicas y a mí es que eso tampoco me está como gustando mucho, porque, sabés, estoy leyendo pasajes de la Biblia, y creo me estoy cansando con lo de las adivinaciones, y, como te digo, no es que venga gente como antes, porque todos se volvieron materialistas, nadie quiere saber de futuros, ni de nada, aquí se dedicaron a robar y matar, creo que los tiempos que vienen serán los peores, mi querido.

Cuando puso tono de profecía, reí, traté además de sacarle a ella una risita, tranquila tía, que todo te saldrá bien, ya ves lo que discutíamos otras veces, que había que involucrarse con las luchas de la gente, apoyarlas, mostrar otros caminos, y vos no, qué va, eso es pura paja, y yo te decía que más paja era leer cigarrillos y tirar cartas a la loca, y su rostro se transformó, volvió a reír, aunque no le duró mucho la alegría. Oíste, Pacho, vos no me creés ya, pero lo que te digo es de verdad, vendrán cosas muy feas. ¿Cómo qué, por ejemplo?, ah, no, imaginátelas pues, habrá muertos y mucho dolor, y vos que hablás de pobreza y de cambiar el mundo, cuidáte pues, que siempre te lo digo el palo no está para cucharas.

Y no estaba, porque después los tiempos llegaron con más sobresaltos.

## Veintitrés

Verania y Gilberto lograron malvender su rancho. Él guardó a nombre suyo la plata en un banco, y, ambos, se mudaron para el centro de Medellín, a un pasaje de inquilinos. La vivienda de ellos, era de dos pequeñas piezas y cocina, con sus servicios sanitarios, una verdadera estrechura. Las paredes ya estaban limpias de cuadros, y ella cada vez se alejaba más de sus artes mágicas, que voy a renunciar a todo eso porque me entregaré al Señor, en un cambio de actitud que nunca comprendí, tía, qué te vas a poner en ésas, nada importante te dejaron los curas cuando ibas de vez en cuando a alguna iglesia, y nada te dejarán los otros, cómo que no, mirá que he estado metida en la Biblia y ya veo el mundo de otro color, más bonito, no tanto este mundo sino otro que no sé dónde quede pero que sé existe, lo presiento, y aun si quisiera lo podría ver en las vasos del ayer, ¿te acordás?.

Yo iba a visitarla de vez en cuando, sobre todo para escucharle su frase célebre de bienvenida y para tener la posibilidad, siquiera una vez a la semana, de almozar con otro sabor, y no siempre con café y pastel de queso de las cafeterías de la universidad. Como estás de flaco, Pachito, y no me vas a contradecir ni a decir tampoco tía no me digás Pachito que ya no soy un niño, si lo que veo es que seguís siendo como un niño, que nada de barba tenés, solo sos un pelilargo, no más, qué pereza, motilate, hombre. No, no me motilaré porque me lo voy a dejar crecer a lo cristo, mirá como lo tenía él de largo, y vos no decís nada por eso, y entonces se reía con su estruendo de risa. Después yo le conversaba sobre la situación del país, ya vienen otras elecciones, y todo está muy agitado, tía, cada rato salimos a paro en la universidad, porque

tenemos que solidarizarnos con todo el mundo, ah, sabés que todo eso también me está aburriendo, me gustaba más antes, cuando teníamos manifestaciones todos los días. Ya casi no, todo es adentro, en el teatro universitario, y listo, un paro de veinticuatro horas, de cuarentaiocho, de una semana, de un mes, de un año, y ella soltaba su risotada, que para que estudiás, eso no sirve para nada, yo no estudié nunca y tampoco es que lo necesite, ya ves, tengo un marido que me sostiene y listo, buscáte una patrocinadora y dejás de pendejear en la vida, pero, eso sí, no te vas a dejar embobar, ja, ja, ja.

Un día llegó a su casa un visitante, muy particular, de corbata y saco, con una valija. Este es mi sobrino más querido, y él es un pastor. El hombre me miró como quien mira a un posible seguidor, estrechó mi mano y con un “diostebendiga” hermano me dijo su nombre, tal vez se llamaba Horacio, o algo así, y bueno, comenzó a hablar con Verania sobre el Nuevo Testamento, los días finales que, según él, se aproximaban al mundo, el tenerse que preparar para la nueva llegada del cristo, y yo escuchaba con cierta atención, y ella y él de vez en cuando volteaban a ver mi cara, cuál era mi reacción, y fue así como me involucré poco a poco en la discusión, qué va tía, no creo mucho en lo que te dice este señor, con todo respeto, no estoy de acuerdo, tenemos que preparar en esta tierra el paraíso y no esperar a morirnos para tener otra vida, es ésta la que nos redime, es ésta nuestra única riqueza, no hay cielo ni infierno en otra dimensión, ellos están a este lado, y el hombre ripostaba como los boxeadores cuando encajan los golpes del contrario, se ve que usted hermano está en la universidad y ya por eso no cree en Dios ni en nada, en la Biblia está la salvación, lo invito a que leámos, estudiemos la palabra de Dios, no señor, muchas gracias no me interesa, porque con esa palabra es que nos

han engañado tantos años, y así, él volvía con sus dogmas, y yo con los míos, y nada de acuerdo, puro desacuerdo, hasta cuando bueno pues, dejéñse ustedes dos de discutir, hermano que usted vino a enseñarme secretos de la Biblia, Pachito no te metás en esto, y listo.

Vista desde ahora la escena me resulta cómica, un aprendiz de anarquista o de comunista, aprendiz de brujo revolucionario, frente a un enviado evangélico, en una discusión sin fondo, ninguno alcanzaba a demostrar su verdad, un parloteo entre dos que jamás iban a tener un punto común, pero en esos momentos uno se acaloraba, esgrimía cuanta idea filosófica, política, social, algún recuerdo de don Alirio, los principios de filosofía de Politzer, la economía política de nosequién, Los bienes terrenales del hombre de Leo Huberman, y hasta Martaharnecker y Poulatnzas, mientras el pastor apelaba a los salmos, las epístolas, las palabras de Juan y Mateo y Lucas y Pablo, y trastabillaba cuando uno le decía que la religión era el opio del pueblo, y la casa de Verania se convertía en un maremágnum palabrero, Pacho después volvés, por ahora dejáme escuchar la Biblia y sanseacabó.

## Veinticuatro

Así, Verania fue pasando de sus magias de barrio a las conversaciones casi diarias con los promotores bíblicos y las cosas del Espiritusanto. Su marido, sin embargo, era más bien indiferente a las inquietudes de su mujer y cada vez se metía más en las mesas de billar de Guayaquil, después de sus turnos laborales.

La universidad se convertía para mí en una especie de refugio, en el que pasaba días y días, en la biblioteca unas veces, en las cada vez menos beligerantes asambleas, en las cafeterías tratando de arreglar el universo en interminables charlas de tinto y Pielroja, y de ese modo la tía se iba diluyendo, un puerto en el que ya poco atracaba mi barco ebrio, como decía un poeta. Sus palabras de otros días volvieron de pronto a la memoria, después de que muchas paredes de la ciudad se llenaron de consignas de ¡Turbay es la mafia! y ¡Belisario asesino de los obreros de santabárbara!, después de que en un enorme muro junto a la plazuela Nutibara un grupo de estudiantes pegó el cartel o dazibao más grande que la ciudad haya visto en su historia, un conjunto de hombres en medio de plantaciones de banano, una especie de marcha y de grito, a los cincuenta años de la masacre de las bananeras, y luego de que hordas conservadoras arrojaran sobre él bombas de tinta azul, lo cual lo hizo más visible a los curiosos ojos de los transeúntes. Volvieron sus palabras de habrá muchos muertos, cuando ya el ganador de las elecciones había sido Julio César Turbay, cuando la agitación política de los trabajadores subía de temperatura y el campo se había llenado de disparos guerrilleros, de disparos de soldados, y en las ciudades estallaba una que otra bomba, y el gobierno, para reprimir el descontento por la carestía, las alzas en

los combustibles y las tarifas de buses, para atemorizar obreros y estudiantes e impedir huelgas y manifestaciones, había promulgado el Estatuto de Seguridad.

Casi todos los días había allanamientos y detenidos “por sospecha”, sospecha de pertenecer a un grupo subversivo, sospecha de cualquier cosa, y por eso, una noche, llegaron al pasaje residencial los soldados, se metieron en las casas, buscaron debajo de las camas, en los escaparates, amenazaron con su actitud de ira a los habitantes y armaron un despelote general porque andaban buscando armas y panfletos revolucionarios. Cuando entraron a la casa de Verania, ella les dijo que lo más peligroso que tenía era la Biblia y a mi marido que maneja muy bien el taco y las bolas y ya casi ni para aquí. Llamó después a mamá ¡ay si vos vieras que malditos tan descarados!, y por eso la visité otra vez, para ver en qué estado le habían dejado su casa y, porque, bueno tía, hay que denunciar este atropello si querés vamos a la universidad y vos decís todo lo que hicieron los soldados por aquí, que allá han ido trabajadores, estudiantes de colegios y otras universidades, sindicalistas y despedidos, y a todos les permiten hablar y hasta los aplaudimos bastante, que no Pacho, que no voy por allá, tampoco me ultrajaron, sólo buscaban papeles y armas, y yo no soy de las que tienen esas cosas, bendito sea midiós, todo está muy horrible, yo no voy por allá ya lo sabés, estoy entregada al Señor, tal vez él me esté probando, no volveré a esos vicios macabros de leer cenizas, nada de eso, que es pecado, qué va tía, estás loca, pecado es lo que hace el gobierno contra la gente.

Por supuesto, no fue a la universidad, no quedó odiando a los soldados ni a nadie y rezó en silencio por la salvación de todos, Pachito que todos andamos buscando salvaciones.

## Veinticinco

Siento los gritos tan cerca que me parece que vuelve a suceder. ¡Llegó la policía!, ¡la policía se entró a la universidad, corran, corran!, y los policías ya estaban corriendo detrás de nosotros, por todas partes, por la fuente central del monumento a la vida de Arenasbetancur, por los bloques de arte, por las aulas más cercanas al río, una gran confusión, con explosiones, vamos hacia la unidad deportiva, gritaban unos, vamos por ingeniería, nos esconderemos en el cuarto piso, vamos, estudiantes de un lado a otro, hasta cuando un grupo lanzó las primeras molotov contra los policías que se estaban colando por la puerta peatonal de la calle Barranquilla, sonaron los primeros lanzagranadas lacrimógenas, había humo por todos los flancos parecía la batalla final de una guerra, gritos, policías hijueputas, estudiantes hijueputas, los vamos a desguevar, maricones que no estudian, policías cacorros ahí les va este regalito se oyó decir y una botella se hizo añicos y de los pedazos salieron llamas y las llamas tocaron a un tombo, su escudo, su casco, era una tea humana.

No es que uno tuviera miedo, era otra la sensación, tal vez el instinto de conservación lo llevaba a uno a correr hacia el lado donde se creía no podían estar los policías, y eso hice, pero cuando en esas carreras estaba me encontré de frente con muchos cascós y bolillos y caras de fieras, retrocedí, busqué otra dirección, los gritos de tantos me confundían, no supe en qué momento exactamente pasó, sino cuando ya no podía correr, algo muy grande había golpeado en mi pie izquierdo, más fuerte que una piedra, y sentía que el pie se quería salir del zapato, ay, ya era consciente de un dolor inaguantable y fue ahí cuando dos compañeros me tomaron de cada lado, corrieron conmigo, vení

que si te caés te matan, los gritos de pronto se iban esfumando y yo ya estaba mirando el techo de la enfermería, un médico tocaba el pie con cuidado, que hay que tomar una radiografía tenés que ir hasta el hospital, porque estás muy hinchado a lo mejor tenés fractura, pero no podemos salir, toda la universidad está rodeada, qué fue lo que te cayó ahí, ah, sí, eso te lo hicieron con un cohete lacrimógeno, que si te cae en la cabeza no estarías mirando el techo sino la oscuridad del ataúd, las sombras de la muerte.

Al rato, los gritos disminuyeron, no se escuchaban más explosiones ni tropeles, y el pie de lo hinchado ya parecía un banco, que no quiero ir al hospital ni a nada, más bien saben qué, les dije a varios compañeros, llévenme cuando puedan donde mi tía Verania, que es más cerca que mi casa...

Ay, pobrecito, qué fue lo que te pasó, Pachito, cuidado te caés, no podés caminar, vení apoyáte aquí, qué te hicieron, hombre, no ves, te lo dije, para qué te metés en peleas, ustedes la llevan perdida, bendito sea midiós, acostate aquí con cuidado, pobre Pacho. Puso a hervir una olla de agua con sal, introducí el pie ahí, que te vas a aliviar y me iba sobando, despacito, chorreaba después el agua por la pierna, el agua se resbalaba suave y me disminuía el dolor.

Gilberto llegó con un agrio aliento de cerveza. Cuando vio mi pie abrió los ojos con curiosidad, huy qué fue eso, te pisó un elefante o qué, y Verania empezó su perorata hombre, ves, él en la universidad no hace sino tirar piedra y vos en la calle dedicado al billar, el mundo está patasarriba, yo por eso creo que es mejor dedicar la vida al Señor, les digo a los dos no pierdan el alma, no sigan así, ah qué va tía ya me está doliendo el pie otra vez, y fue en ese instante cuando los tres resultamos riendo, qué raro, cuando ella estaba más trascendental explotamos en risa, se acercó y puso

sus manos sobre la hinchazón, aquí te aliviarás, fue a preparar café, le sirvió la comida a su marido, volvió a mí con una taza humeante, y fue diciendo, como si hubiera encontrado una súbita solución: “te voy a rezar el pie”.

Sus manos lo tocaron muy suave, cerró los ojos y, de rodillas junto a la cama, iba moviendo los labios, casi imperceptiblemente, que ahora sí está más loca que antes, pensé. Sus manos subieron con lentitud hasta el muslo y volvieron a desplazarse en medio de un cosquilleo que se me trasladaba hasta la cintura, era apenas el roce de sus yemas sobre mi piel, y de a poco el alivio, una sensación de bienestar no sólo en el pie sino en todo el cuerpo, una especie de goce, las manos suyas en un ir y venir, que me adormeció. Cuando abrí los ojos, ya Verania no estaba, pero todavía creía sentir las huellas de sus manos.

A los dos días, el pie ya estaba increíblemente deshinchado y volví a caminar como si no hubiera tenido ninguna lesión en muchos años.

## Veintiséis

De pronto, a Verania le fueron llegando los días peores. Su sueño de tantos años de la casa propia se había vuelto a diluir, y, ahora, pagando otra vez alquiler, ya no tenía los clientes de su magia de ayer, de su magia renunciada, y su marido cada vez se hundía más en las noches del billar y las cervezas en Guayaquil, y ella parecía no resistir más las oraciones bíblicas ni a los locuaces pastores, y renegaba contra todo: contra el gobierno y la situación social de pobreza, que cada vez me queda menos para tener un traje nuevo, contra los hombres, que ninguno viéndolo bien me ha servido para nada, contra la familia, que ya ni se acuerdan de una, ni siquiera tu mamá ha vuelto por aquí, contra mí, porque seguiste metido en movimientos raros y un día de estos te van a matar, y yo diciéndole qué va tía no me deseés males que de seguro se te devuelven, vos que siempre decías que no se debe maldecir, que eso trae mala suerte, qué va, la suerte no existe, una misma se labra su destino, eso, lo que ves aquí, miráme, ya soy una mujer vieja, eso es lo que hice de mí, de mi vida, no soy más que una cualquiera, una doñanadie, porque desperdicié mis mejores días, tal vez si me hubiera largado para Estados Unidos hace años fuera otra persona, o si hubiera estudiado algo, si en vez de haberme dedicado a las plantas y al rebusque con adivinaciones, me hubiera hecho amante de un rico, pues a lo mejor otro gallo cantaría, o mejor dicho otra gallina estaría cacaraqueando, pero no, ya no hay remedio, soy la que soy, y vos sos el que sos, parece que llegamos trazados, con los días contados, con la dicha racionada y la desgracia abundante.

Perdí toda esperanza de tener otra vez una casa, porque, ya ves, cada día se hace más difícil vivir aquí, porque Gilberto se ha estado

gastando la plata en billar y trago y seguramente en viejas, porque yo nunca tuve nada, y así me he de morir, Pacho, miráme, la piel ajada, mi cuerpo marchito, ya ningún hombre me mira, como antes que los atraía, ah, Pacho, te lo he dicho tantas veces, hay que aprovechar la juventud, vos todavía la tenés, bueno, ya que te gusta estudiar pues seguí estudiando, llevás tanto tiempo estudiando y nunca terminás nada, cuántos años en la universidad y tu mamá y la familia esperando un grado, ah pobre mi hermana tan sacrificada por su hijo...hijo calavera, ja, ja.

Así, a cada visita mía, era una perorata, una larga lamentación, la letanía de Verania, que no sólo había perdido su encanto físico sino esas atracciones de otros tiempos, el asombro de uno ver en sus pantallas mágicas a quién quisiera, sin necesidad de televisor, sin tener que ir a cine, ya todo ese embrujo hacía parte de un grato recuerdo, de una época loca, como una canción vieja qué tiempo tan feliz sin una nube gris y nuestra juventud tan llena de inquietud, bueno, no sé si así era exactamente aquella letra, pero sus sones me evocaban a los días con Verania, mis visitas a un puerto inesperado que era como abrir las cajas de sorpresa, abrir aquellos cuenticos de Callejas que venían de España en cofres de metal con paisajes en la tapa, o como tirar los trompos, sobre todo aquellos que bailaban en un baile callejero de nunca acabar, como recordar versos y retahílas de niños de esquina Darío pío mató a su tío con un cuchillo que no era mío, o los brincos de Rebeca en la acera un soldado fue a parís con un moco en la nariz, o la voz de mamá recitando poemas que nunca supe de cuál poeta eran yo vengo de una tierra bañada por dos mares, o esclarece la aurora el bello cielo otro día de vida dios nos dais haced que lo pasemos santamente oh padre nuestro que en el cielo estáis, y yo me quedaba mirando el cielo para ver el padrenuestro y solo veía nubes, en forma de

camello y elefante y avestruz, o qué oscuridad qué negros horizontes hora fatal de angustia y de pesares, ay de aquéllos que viajan por los montes, ay de aquéllos que viajan por los mares, y de ese modo vuelvo a decir que las tías también están ligadas a la infancia, como las palabras mágicas de un juego callejero: don pepito bandolero se metió entre un sombrero, el sombrero era de paja, se metió entre una caja, la caja era de cartón se metió entre un balón, el balón era muy fino se metió entre un pepino, el pepino maduró y don pepito se salvó...

Creo que me quedaré con la imagen de la tía del resonante a buen puerto llegó, más que con esa quejumbrosa de los últimos días, a la cual nunca le perdonaré haber renunciado a su magia, a su capacidad de pitonisa de barrio, no sé por qué llegó a esa conclusión de que todo lo que estaba haciendo y todo lo que había hecho era pecado, no sé tampoco quién la convenció, o tal vez no hubo ningún quién, y ella misma lo decidió, tal vez en un desesperado balance de actividades de la vida, quizás en esos días del inquilinato se dio cuenta de que pronto llegaría una soledad dolorosa, que no tenía en rigor a nadie, ni a su marido ni a su sobrino ni a su hermana ni a sus otros parientes, con los cuales yo no tuve ninguna relación, y tiró todo su pasado por la borda, como si se tratara de una carga que, arrojada al mar, pudiera salvar su barca del naufragio.

Cuando pronunciaba sus descargas verbales contra el gobierno, yo reía, y ella más insultaba al presidente, a los ministros, a todos esos ladrones que nos tienen en la ruina, míjo, si a veces hasta les doy la razón a los estudiantes de ser tan revoltosos, pero tía cómo has cambiado, antes ni siquiera uno podía hablar aquí contra los tiranos ni mencionar una teoría revolucionaria porque vos ahí mismo “comunistas, tirapiedras, vagos, en vez de ponerse a trabajar”, o es

que ya no te acordás, ah, sí me acuerdo, pero hemos sufrido tanto que uno despierta aunque digan que al cabo de las quinientas, algo es algo, estoy muy decepcionada con todo.

Y en esos momentos la memoria me llevaba otra vez a la imagen de la tía bonita atravesando la calle mientras la observaban los señores, y las señoritas cuchicheaban debe de ser una puta porque así caminan las putas, y el día aquél en que uno de la gallada se refirió a ella con términos desobligantes y yo lo puñeté, y a los días palabreros de una bruja mató un gato con la punta de un zapato que gritaban las muchachitas de la ronda y del materile lile ro, y del jugaremos en el monte mientras el lobo está ¡lobo está! Creo que esa Verania que relaciono con los juegos de la calle, con las aventuras de la esquina y de la tienda y del bar, con los barrios donde viví, es la que se quedará conmigo.

## Veintisiete

A Gilberto lo mataron de una puñalada, en Bolívar con Maturín. Quedó tendido en la calle “cuan largo era”, como decían antes, después de que un tal Bernardoarroyave, al que nunca capturaron, lo esperó en esa esquina para cobrarle todas las partidas de billar que éste perdió, según dijeron más tarde testigos del hecho. La puñalada le partió el corazón y acabó también con el de la tía Verania.

Nos avisaron una mañana, cuando Gilberto ya llevaba más de doce horas de muerto. Una vecina de Verania viajó hasta la casa a darnos la noticia. No teníamos teléfono. Cuando abrí la puerta, la mujer parecía de piedra, no quería moverse del sitio, no atendió al entre por favor, y de una soltó el mensaje como un torpedo. Mamá, que ya venía a ver cuál era el cuento, lo escuchó sin inmutarse, aunque su cara se volvió más blanca. “Pobre Verania”, fue lo único que recuerdo haberle oído decir en esos momentos. “Lo están velando en el pasaje”, nos dijo antes de despedirse.

Cuando llegamos al velorio, en la cara de Verania no había señales de haber llorado, sólo era una cara de sueño, silenciosa, un poco más envejecida, pero tratando de ocultar el dolor, de que nadie la viera con las lágrimas afuera, que su costumbre era la de tragárselas, llore, mijita, llore, es peor guardarse las penas, le decía mamá, porque te puede dar un infarto, querida, y Verania ahí, sin pronunciar nada, todos acercándose con el pésame en los labios, pero no las hermanas ni otros parientes del muerto, que se mantenían distantes, porque, se supo en esas circunstancias, ninguno quería a Verania, porque se robó a Gilberto, él tenía novias más elegantes, y miren, se fue a vivir con esa mujer, qué pesar de mi hermano,

gritaba una señora muy delgada y pálida, y se llegó a murmurar que Verania lo había enyerbado, en un entierro salen a flote tantas cosas, por eso poco me gustan los entierros y los velorios, porque, además, cuando es un muerto a puñaladas, como era el caso, el secreto es espantoso, unos especulan y por qué sería que sólo le dieron una, ah, tan de malas, precisamente la única y en el corazón, y la atmósfera se carga de chismorreo, de voces clandestinas que hacen que a los duelos su muerto les duela más, claro que Verania estuvo impertérrita, con una dignidad de señora sin tacha, visible en su actitud erguida, en su apenas decir lo necesario, en el no hacer caso a la maledicencia.

La abracé con fuerza, sin pronunciar ningún pésame, ella me miró a los ojos y comprendió que mi sentimiento era de verdad, que sentía bastante la muerte de su marido, que sentía la nueva soledad en la que ella quedaría, pero sin dramatismos, bastándonos a cada uno con el silencio, con el estar otra vez tan cerca escuchando los latidos de los corazones. Muy despacio, me dijo al oído: “yo sabía que lo iban a matar. Lo había soñado”. Me retiré sin despedirme de nadie y no supe más sobre el entierro de Gilberto, ni sobre las escenas de cementerio.

Lo que vino después, fue más doloroso para Verania. Porque los dos hermanos y las dos hermanas de Gilberto, se llevaron las pertenencias de él: un radio, la billetera, los retratos, dos corbatas sin estrenar, un reloj de pulsera, la cédula, una navaja de conchanácar, una candela de plata, un juego de mancornas, una bola de billar, dos cadenas de oro, un anillo de piedra negra, una pluma. Llegaron a la casa de ella, como si nada, le preguntaron por las “cosas de nuestro hermano” y ella, sin decir nada, las entregó. También les dio la libreta de ahorros, a nombre de Gilberto, y en la que estaban depositados los dineros de la casa vendida en

Santodomingo. “No los quiero volver a ver”, les dijo, y ellos se pusieron colorados, salieron sin adioses y ella les tiró la puerta.

Mirá, Pachito, como me contó después con pelos y detalles, me habían tocado cosas muy duras en la vida, no sé cuántas, pero la muerte de Gilberto no me afectó tanto como la actitud perversa de sus familiares, qué desconsiderados, unos verdaderos gallinazos, unos canallas corrompidos, venir hasta mi casa a pedir sus cosas, a profanar su memoria, y bueno, no quise echarlos de una, no quise llamar a la policía, porque vos sabés que yo estaba en todo mi derecho, simplemente les entregué lo que él dejó, para que sintieran mi desprecio, en verdad, poco me interesan ya las cosas materiales, ya no tengo deseos de ninguna casa, no me quedan muchas ganas de quedarme por aquí, y tuve ganas de escupirlos, de vomitarme encima de ellos, por su hedor a mortecina, también quise regresar a mi magia y me hubiera gustado enviarles a su casa un espanto en forma de buitre que los fuera picoteando despacito hasta sacarles las entrañas, pero tampoco me interesa la magia, no sé qué es lo que quiero, tal vez ya no quiero nada, y lo peor, es que quizás ya no quiera más a nadie.

## Veintiocho

Se mudó a una casa por San Diego, después de haber botado la ropa de su marido, porque hay que deshacerse de los vestidos de los muertos, no sea que vuelvan por ellos, vendido la cama doble, regalado los últimos cuadros, hasta quedar con muy pocos enseres, porque, bueno, sola vine al mundo y sola me iré de él, y trató de comenzar una nueva existencia. Se empleó en una tipografía pegando talonarios, me pagan una miseria pero algo es algo, trató de archivar el pasado, pero las conversaciones conmigo la conducían a recordar cosas que ya no quería recordar, mirá que supe siempre que Gilberto tenía otra mujer, una copera de un bar del centro, qué bajeza, hombre, yo nunca le paré bolas a eso, era su problema, a veces llegaba con la camisa pintada, oliendo a mujer, él creía que no me daba cuenta, que yo era boba, y supe de ella porque le encontré una notica en el bolsillo de la camisa, y entonces un día decidí seguirlo, en una acción que no correspondía a mi modo de ser, y los vi en el cafetín, ella sentada en sus piernas, me contuve, apreté los labios, me los mordí de la rabia, y seguí derecho. Esas cosas a una siempre la hieren y no cicatrizan fácilmente, pero ya lo perdoné, era un hombre bueno.

Solía prender velas para atraer la buena suerte, porque, mijo, tengo que conseguir una platica a ver si me voy del país, esto cada vez se descompone más, y a las viejas poco nos dan trabajo, imagináte que estoy trabajando al contrato, según el número de hojas que pegue, según los talonarios que encuaderne, no es dura la labor, pero sí muy mal pagada, qué le vamos a hacer. Había cogido un tono de resignación, como de abandono ante las penas, se iba endureciendo, como si tratara de cerrar las puertas de lo vivido.

Una vez le pregunté si ella había sido realmente una bruja, y soltó su carcajada antigua, claro, mijito, yo volaba y todo, me concentraba, veía en la mente el lugar donde debía viajar y me montaba en una escoba y listo, era muy fácil, eso me lo enseñó Clemente, un viejo de Rionegro, cuando yo era muy jovencita, nos invitaba a varias de la vereda a su casa, porque las voy a volver sabias, nos decía, claro que a mi papá no le gustaba que fuéramos donde ese hombre malo y pecador, mijitas no vayan a entrar allá, pero, vos sabés, lo que a una le prohíben es lo primero que hace, y así fue, Clemente nos inició en la brujería, en las plantas mágicas, en saber ver el futuro, en leer las cenizas del tabaco, que después fue que en la ciudad yo me pasé al cigarrillo, porque aquí nadie fuma tabaco. Era un buen tipo. Claro que ahora es que me doy cuenta, le gustaba tocarnos, por eso es que nos enseñaba sus secretos, para poner sus manos en nuestro cuerpo, quedáte quietecita mientras te voy transmitiendo lo que tenés que hacer para volar, y nos recorría muy suave, no había malicia, pero creo que él se iba emocionando, siempre fue muy respetuoso y no pasó de ahí.

Volvió a reír. Me puse a repasar los días viejos, cuando Verania nos hacía ver cosas inexistentes, cuando nos ensanchaba la imaginación. Le pregunté sobre la casa aquella donde yo una noche sentí una presencia, alguien que se iba acercando, un vaho, una respiración, y me pareció que se ponía arrozuda, vi un leve temblor en su cuerpo, no quisiera hablar de eso, Pacho, lo que sentiste fue el diablo, te quería poseer, quería tu alma, quién sabe qué era lo que te iba a hacer, pero llegamos nosotras y se esfumó, sintió mi capacidad para pelear con fuerzas extrañas, sabés que yo era una bruja buena, mis poderes eran para el bien, y nada gané con ellos,

o sí, la envidia de las viejas del barrio, de todos los barrios donde viví.

Reímos nuevamente y desde el fondo de sus ojos la tristeza me miraba. Salió un rato a comprar una libra de café, esperáme para que hagamos tinto, y mientras estaba afuera preparé en su cama una especie de cuerpo, al cual le fui dando forma, más o menos tan largo como Gilberto, más o menos su misma contextura, con las almohadas y las sábanas armé la figura, un juego macabro, una broma para aprovechar que ella había vuelto a reír, para sacarle partido a sus viejos juegos, y, así, en efecto, el bullo quedó bien hecho que hasta a mí mismo me fue dando escalofrío. La penumbra de la pieza hizo el resto.

Cuando volvió, yo me metí al baño, y esperé. El grito fue terrible, tanto que me estremeció al punto de que no sabía qué hacer, era un alarido de horror, como el de quien acaba de ver un espanto. Salí y me precipité hacia el cuarto. Verania temblaba, maldita sea, no me volvás a hacer una cosa parecida, me pudiste haber matado, si es que lo acabo de ver, era él, sangraba en el pecho y me miraba con unos ojos de decir salváme, no me dejés morir, Verania, lo vi, lo vi, era él por un instante, y después del grito todo volvió a ser un envoltorio, maldito pelado, no volvás a hacerlo, vení tocame el pecho, el corazón se me va a salir.

No pude contener la risa. Después, ella me acompañó, y nos reímos hasta el dolor de estómago, que yo me desquito, te voy a mandar un gallinazo a tu cama, ja, ja, ja.

## Veintinueve

A los seis meses, nos dio la noticia: “me voy para Venezuela”. Lo dijo con un golpe de alegría contenida, como si en esa declaración estuviera todo el futuro, o el modo de comenzar una nueva vida, que allá en Ciudadbolívar hay conocidos míos, que son muchos los que se han ido y la pasan bien, consiguen buen empleo, y yo ya no tengo nada qué hacer en Colombia, esto es una porquería, ya tuve contacto con Claudina y Virgelina, dos paisanas mías, que hace tiempo viven allá, hace unos meses me encontré con un hermano suyo, aquí, y él me contó que les iba de maravilla, ya me dijeron que podía trabajar en una conserjería, en un edificio de apartamentos.

En sus palabras había también como una serena despedida, como si supiera que ya no volvería más, que iba a enterrar su pasado, a tirar al olvido todo lo sucedido en su vida en este lado del mundo. Eran palabras decididas. Nada la ataba a esta tierra, ni propiedades, ni hijos, ningún amor. Había crecido en soledades y envejecido en ellas, porque, pese a sus novios, a sus hombres, Verania pasó su vida sola, no quería depender de nadie, no quería tener raíces, sembrarse en ningún suelo. Otro puerto estaba esperándola.

Vendió lo poco que tenía, una cama, el escaparate de tres cuerpos, dos sillas mecedoras, el comedor de tres puestos, el fogón. Regaló ollas, revistas de Selecciones, varios libros de pasta azul del nuevo testamento, cubiertos, un espejo y un cuadro que mostraba a una niña desnuda mirándose el pie derecho. “Nada tengo, nada me llevo”, dijo.

Dos días antes de su viaje, varios compañeros de la universidad atendieron mi petición de prepararle una serenata. A las doce de la

noche arrimamos hasta su casa, y, frente a la ventana, le cantamos noche de ronda, una barcarola (“todo es bogar como bogan los naufragos tristes en medio del mar”) y una canción de estudiantina, despierta niña despierta, con el fin de hacerla sentir joven y revitalizada. Abrió la puerta, con una sonrisa a medias, y los ojos muy tristes, y me abrazó, nos dio las gracias a todos y nos invitó a café. La casa ya estaba casi vacía y las palabras tenían eco. En un rincón había una maleta de cuero, “un segundazo que compré en una prendería”. Después, me llamó aparte y me entregó, con mucho sigilo, el taleguito rojo, conserválo, que es el único recuerdo que vas a tener de tu tía.

“Pachito, qué pesar. Me voy a ir y no te voy a ver graduado”, dijo, cuando todos salíamos. Reímos en coro, y seguimos riéndonos cuando ella cerró la puerta.

Mamá y yo fuimos a despedirla al aeropuerto. El avión la llevaría hasta Cúcuta, y de “ahí sigo por tierra. Debe de ser un largo viaje”. Antes de entrar a la sala de espera, mamá y ella se abrazaron, mamá soltó varias lágrimas, le deseó mucha suerte y Verania, mientras la abrazaba, me miraba con esos ojos con los cuales me decía, cuidáte mucho, Pacho, Pachito, no sigás por el camino en que vas, que te pueden matar. Luego, la abracé, sentí el latido fuerte de su corazón y un leve sollozo, mijito, ojalá nos volvamos a ver.

Cuando el avión despegó, desde el balcón agitamos las manos.

## Treinta

Dos meses después supimos que, en efecto, estaba trabajando en un edificio de apartamentos en Ciudadbolívar, que seguía fumando “peor que lavandera mueca”, según una carta, y, bueno, decía ser una ciudadana de tercera, pero así y todo no pienso volver nunca. Le mandamos una respuesta llena de ánimos y en la que recordábamos los días viejos, le pintamos una cara sonriente, de esas que dibujan los niños en los cuadernos de tareas, y le anunciamos que, sí, acá la situación es cada vez peor, sin entrar en detalles.

Pasó mucho tiempo sin que supiéramos de ella ni ella de nosotros, porque las cartas se extraviaban, y así cada uno se cansó de escribirlas. Luego, casi tres años después, recibí una carta que envió con un paisano y que también guardé, no sé si presintiendo que sería la última, porque más nunca volvió a escribirnos y de ese modo se rompió la única vía de comunicación. Siguió un extendido silencio.

En verdad, la tía Verania no me pudo ver graduado, porque me retiré de la universidad cuando me faltaban dos materias para terminar Sociología, una carrera a la cual mamá y algunos amigos me decían que era inútil, no sé si porque con ella no se ganaba dinero, o si porque era muy difícil que a un sociólogo lo emplearan, porque, se decía, todos son revolucionarios, muy peligrosos para la empresa.

De las palabras de ella que más recuerdo son las la que de cierto modo tenían un timbre profético, como aquéllas de que este país sería cada vez más invivible, para lo cual no se requería tampoco ser sociólogo ni ser brujo ni nada, sino que ella, con su cancha, su

contacto con el pequeño mundo en que le tocó actuar se dio cuenta de que no había esperanza. “Los pobres cada vez seremos más pobres”, advirtió.

De mí no interesa decir más nada, sólo que me retiré desde hace muchos años a mis soledades, y que, hasta ahora, las palabras de la tía de cuidáte que te pueden matar, pues me sirvieron más que todo para acordarme de ella.

Ah, la carta que conservé es hora de volverla a leer, podría servir como un homenaje póstumo a su memoria, porque, al leerla, reviven sus palabras y ella vuelve a ser la tía Verania: “no sé qué es lo que me une a la tierra, no sé qué me trajo por aquí, donde todo es igual a lo de allá, sólo que es distinto, porque una siente que es forastera. Soy aquí también una doñanadie, una conserje de edificio, una mujer sola. Vuelvo a ser lo que era: fumadora, tomadora de una porquería de café que venden por aquí y siempre recordándolos a ustedes, a los que sigo queriendo. Por aquí no encontré nada diferente, porque la soledad es la misma donde quiera que una vaya...”

Bueno, hoy murió la tía Verania. Digo “hoy”, porque apenas ahora me he enterado. El señor que trajo la noticia, pariente de Claudina y Virgelina, me ha dicho que parece haber muerto sin sufrimientos, sin escándalos, porque, bueno, su tía era una señora muy independiente, ¿sabe que a nadie le pedía nada prestado? Él me ha dicho que ha muerto, pero yo digo que todavía no, porque mientras a uno no lo olviden, se sigue viviendo. Me parece que es hora de abrir otra vez el taleguito rojo, porque quizás a los desolados puertos de Verania todavía llegue algún barco.

“Bueno, hoy murió la tía Verania. Digo “hoy”, porque apenas ahora me he enterado. De las palabras de ella que más recuerdo son las la que de cierto modo tenían un timbre profético, como aquéllas de que este país sería cada vez más invivible, para lo cual no se requería tampoco ser sociólogo ni ser brujo ni nada, sino que ella, con su cancha, su contacto con el pequeño mundo en que le tocó actuar se dio cuenta de que no había esperanza. “Los pobres cada vez seremos más pobres”, advirtió. Me parece que es hora de abrir otra vez el taleguito rojo, porque quizás a los desolados puertos de Verania todavía llegue algún barco.”

Comunicador social-periodista, escritor, historiador, profesor universitario y caminante. Coproductor del programa “Medellín



Anverso y Reverso”, por Radio Bolivariana y presidente del Centro de Historia de Bello. Orientador de talleres literarios y conferencista. Autor y coautor de más de veinticinco libros, entre ellos las novelas El sol negro de papá (2011), Balada de un viejo adolescente (2017) y Betsabé y Betsabé (2022); los libros de cuentos El último día de Gardel y otras muertes, El desaparecido y otros cuentos (1988) La noche de la peste (cuentos, 2020). Medellín, ¡cómo te siento! (2019, crónicas y reportajes), Historias a domicilio (2021, relatos).

#### Precio

Papel €12 COL\$ 60,000  
Ebook €4 COL\$ 20,000

**ISBN 978-9589-652-8-17**

A standard linear barcode representing the ISBN number 978-9589-652-8-17. The barcode is composed of vertical black bars of varying widths on a white background.

9 789589 652817

<https://glocalworkshop.com>